

# universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 132 - Diciembre de 2022 - Distribución gratuita

[www.universocentro.com.co](http://www.universocentro.com.co)



# Las primeras sin cambio

**A**mérica Latina siempre está afuera del cascarón. Lo suyo son los aleteos, los primeros ensayos, el aire incierto. Nunca el crecimiento a resguardo, ni la tibieza a media luz. Ahora las convulsiones marcan todas las banderas y nos damos cuenta de que cierto consenso ideológico a la zurda no significa tranquilidad ambiente. Las crisis en la vecindad han hecho que Colombia, gobernada por primera vez por una izquierda temida por muchos, sea un ejemplo de estabilidad institucional. Durante la campaña vimos una especie de histeria empresarial que presagiaba lo peor para la economía y el clima político si Gustavo Petro terminaba en la presidencia. La expropiación, la salida masiva de colombianos al exterior, la cláusula Petro para revertir inversiones y contratos, los grandes choques institucionales fueron algunas de las advertencias entre políticos de oposición y algunos gremios y analistas.

Luego de cuatro meses las convulsiones no están a la vista mientras en varios países de la región los malos síntomas y las enfermedades parecen agravarse. El lugar común de la fortaleza institucional colombiana, a pesar de sus líos propios y compartidos, es una realidad al menos en el corto plazo. Hoy en día, para Colombia, las comparaciones son virtuosas.

Comencemos por el paradigma de la inestabilidad, Perú y su ruleta presidencial con una bolita girando y deteniéndose fuera del poder cada veinte meses. Castillo cambió cincuenta ministros en año y medio, sufrió tres mociones de vacancia, acumuló preocupantes acusaciones de corrupción y mostró un gran desconocimiento del manejo político y de los compromisos presidenciales. Al final cometió un inaudito suicidio personal y político. Luego de su fallida carrera hacia la embajada de México vino la acción. En un solo día hubo cierre del Congreso, captura del presidente y posesión de una nueva jefa de Estado. Perú podrá ser un poco anárquico, pero nadie podrá negarle su agilidad. Ahora se anuncian elecciones para el próximo año y hay estado de emergencia en

el sur por protestas contra la destitución y paros agrarios y gremiales. El peor escenario: polarización política, revueltas sociales, incertidumbre electoral y partidos sin representatividad.

En Argentina el paisaje no mejora. Hace unos meses, atentado fallido contra la vicepresidenta Cristina K. y apenas hace diez días, una condena en su contra a seis años de prisión e inhabilitación de por vida. “Es un Estado paralelo y una mafia judicial”, dijo la vicepresidenta calificando a sus jueces y a toda la rama. La llamada “grieta”, el nombre que los argentinos dan a la polarización, no ha hecho sino crecer hasta la violencia física. También en la coalición de gobierno hay una guerra de poder. La inflación llegó al 75 % en el último año, la más alta en tres décadas. El precio de los alimentos para los más pobres de las ciudades se duplicó en ese mismo lapso de tiempo. En las calles hay cuatro tipos de cambio y la escasez de las láminas del álbum del mundial acrecentaron la angustia albiceleste. Las calificadoras de riesgo hablan de una inminente bancarrota del país y la salida de los jóvenes



hacia Europa es una de las polémicas actuales. Solo Messi podrá salvarlos.

En Chile, el ejemplo regional, el gobierno de Boric sufrió un muy temprano golpe de realidad: al segundo día de gobierno su ministra del Interior fue recibida a tiros en la Araucanía, la región que juraban defender del autoritarismo de Piñera. Tres meses más tarde la aprobación presidencial cayó al 24 %. Luego vino la gran derrota en las urnas con la negativa al proyecto de Constitución redactado durante más de un año, una de las principales banderas del gobierno. Antes de seis meses el presidente tuvo que sacar del gabinete a dos ministros de su círculo más cercano. La incertidumbre de un nuevo proceso para cambiar la Constitución comienza a cobrarle a la economía. Las previsiones dicen que será el único país en América Latina que no crecerá en 2023. Además, Boric gasta menos de lo que esperaban sus electores y tiene ya reparos de sus “compañeros de lucha”. El presidente se ha visto obligado a mirar algunas líneas del libreto de Piñera.

En Brasil las elecciones terminaron en protestas y cierres de carreteras y la mitad del electorado piensa que Lula se robó la presidencia. Hace veinte años, cuando llegó al poder por primera vez, solo el 10 % desaprobaba su gestión luego de seis meses de gobierno. Lula tiene más años, menos apoyo ciudadano y menos plata para invertir. No gozará de la bonanza por la exportación de materias primas que marcó su primera presidencia y sus rivales más enconados tienen la bancada más grande en el Congreso. Hace unos días sus declaraciones sobre el gasto público hicieron que la bolsa de Sao Pablo cayera 3.3 %, marcando el peor día del año. Y ni Neymar, un bolsonarista confeso, pudo salvarlos.

Venezuela es un capítulo aparte. Una de sus esperanzas económicas es el restablecimiento de relaciones con Colombia. Una de sus posibilidades de una mediana estabilidad política es la intermediación del gobierno Petro para que la oposición vuelva a las elecciones. Por ahora, el signo de la autocracia, la carencia y la violencia sigue marcando el régimen.

Mientras tanto, en Colombia se aprobó una reforma tributaria consensuada, el gobierno tiene mayorías en el Congreso, los empresarios alarmados con la expropiación le venderán tierras al Estado para una reforma agraria. Según previsiones, el país tendrá el mayor crecimiento económico de Suramérica en 2022 y, a pesar de la fiebre de caóticas declaraciones ministeriales, los empresarios empiezan a mirar con menos recelo hacia la Casa de Narriño. En la última encuesta la favorabilidad de Petro creció dos por ciento y llegó al 48 %, veinte puntos por encima de lo que marcaba Iván Duque luego de cien días de mandato. Es muy pronto para descartar los riesgos de un gobierno amparado más en el discurso que por la realidad, amigo de la revolución por decreto, que parece estar seguro de encontrar la paz total a punta de bendiciones y de salvar la selva con helicópteros disfrazados de guacamayas. El Petro presidente apenas empieza a caminar pero todavía no da tumbos. ©

# A ver si son capaces de volver solos

por ESTEBAN ROLDÁN • Ilustración de Juan Fernando Ospina



**A** los que llegamos del monte cuando terminó la guerra nos decían “los niños del campamento”. En el salón solo éramos dos, Sarita Villa y yo. Nos asignaron el curso según la edad, pues nunca habíamos estudiado. El primer día de clases la profesora de Matemáticas me pidió salir al tablero. Miré a Sarita asustado, aunque ella no pareció darse cuenta porque siguió sacándole punta a los lápices. Los cogía con una mano, los apoyaba en la rodilla y con un cuchillo los pulía. Me quedé sentado con la mirada en el tapete de colores que dejaba en el suelo. Nunca había escuchado la palabra tablero.

Hamilton Yarce, el hijo del herrero del pueblo, al rato dijo:

—Él es de los niños del campamento. La profesora se quedó pensando, levantó un poco la frente y no dijo más. Retomé la clase. Luego supe que también era su primer día, venía de la ciudad.

—¿Qué es la ciudad? —me preguntó Sarita Villa cuando se lo conté.

—Es como un pueblo, pero más grande.

Para ese momento ya los dos sabíamos lo que era un pueblo, pues vivíamos allí. Más tarde, acompañé a Sarita a orinar en la cancha. Se encucilló detrás de una portería y orinó. Todos la miraban. El profesor de Biología le preguntó por qué no usaba el baño y ella le dijo que era una niña del campamento. El profesor usó su zapato como pala y echó tierra sobre el charquito. Sarita sacó el cuchillo y yo le pasé un mango que íbamos a compartir en el recreo, puso el filo sobre la cáscara, pero un movimiento del profesor, como si quisiera decir algo y se hubiera arrepentido, la hizo parar. Lo miramos esperando qué tenía para decir, parecía dudar, reparaba en la fruta y en los dedos de Sarita demasiado pequeños agarrándola.

—Lávense las manos, por favor —dijo, y siguió cuidando el recreo.

Todo lo que hacíamos llamaba la atención. Sobre todo, la de Julia Rodríguez, la hija del jefe de la policía del pueblo. Era blanca como una garza y flaca como si solo comiera hojas y flores.

—Oigan, niños del campamento, ¿quieren un poquito? —nos preguntó un día.

En el segundo recreo ella siempre compraba una bola blanca sobre una galleta y se la comía solo con la lengua y después les daba la galleta a sus amigos. Yo caminaba con Sarita.

—¿Quiéren? —repetió acercándose—. Si me dicen cómo se llama esto, les doy.

Ninguno de los dos supo responder. Entonces Julia Rodríguez dijo:

—Se llama helado —y aplastó la bola contra la cara de Sarita Villa. Luego se fue corriendo para echarse a reír con sus amigas. Yo unté el dedo en la plasta blanca y fría que quedaba en la cara de Sarita, y así probamos el helado por primera vez.

Al otro día la profesora de Matemáticas nos buscó en el recreo. Empujaba a Julia Rodríguez, que traía los brazos cruzados y la mirada embutida en el suelo. La profe nos dijo que se había dado cuenta de lo del día anterior, y que, como compensación, Julia nos iba a dar un recorrido por el pueblo y nos enseñaría cosas que no conocíamos. Julia se quedó callada. Se fue cuando la profesora terminó de hablar.

—Ella los espera hoy a la salida —dijo la profe.

Al final de clases Sarita Villa y yo salimos juntos. Julia estaba afuera de la escuela. Nos vio, levantó el brazo para saludarnos, sonreía efusivamente. Nosotros nos miramos, pero caminamos hasta ella sin decir nada.

—Síguenme —dijo Julia Rodríguez y empezó a caminar con salticos cortos, como en un baile raro pero alegre.

Nos enseñó lo que eran las máquinas tragamonedas, los carritos de balineras y las alcantarillas que se tragaban el agua lluvia que bajaba por las canoas desde los techos. Dijo que de su balcón bajaba una canoa hasta la calle como si fuera una serpiente.

—¿Qué es un balcón? —preguntó Sarita.

Julia nos explicó y después nos mostró una piscina.

—Pero esta no tiene tobogán —dijo.

—¿Qué es un tobogán? —preguntamos los dos al tiempo.

—¿Quiéren ver uno? En la piscina de las afueras hay dos.

Dijimos que sí y nos llevó caminando rápido por las callecitas del pueblo, dando más vueltas de lo necesario, según me pareció. Llegamos a un portillo y tomamos un camino de herradura que zigzagueaba y se metía al bosque.

—Allá, después de los matorrales está el tobogán —dijo por fin Julia Rodríguez.

Sarita Villa y yo caminamos hasta los matorrales y al ver que no había nada miramos a Julia, que se había quedado atrás.

## DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDICIÓN

— Pascual Gaviria

## ASISTENCIA EDITORIAL

— Santiago Rodas

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufasio Guzmán

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

## ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

## CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

## Distribución gratuita

Número 132 - Diciembre 2022

Versión impresa



universo  
centro

[universocentro.com.co](http://universocentro.com.co)

[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)

# ¡Usted no sabe quién voy a ser yo!

por LUIS MIGUEL RIVAS • Ilustración de Alejandra Pérez

En octubre de 1996 quedé segundo en un concurso nacional de cuento y mi nombre salió en *El Colombiano*. Con el periódico en la mano busqué a mi mamá y puse la noticia ante sus ojos para que viera que eso que yo tanto hacía encorvado frente al escritorio, “en vez de estar haciendo algo provechoso”, era un asunto importante que incluso los de *El Colombiano* valoraban. Le señalé el titular y puse el dedo índice en el renglón donde aparecía mi nombre.

—Ah, qué tan bueno —contestó sin mucho interés.

Al día siguiente la noticia salió ampliada, especificando lo que cada uno de los tres ganadores recibiría como premio. El segundo lugar se llevaba un millón de pesos. Volví donde mi madre y le mostré la nota señalando de nuevo mi nombre y la cifra. Ella miró los números, parpadeó, volvió a mirar con detenimiento y luego se volteó hacia mí con una sonrisa emocionada. Por poco me abraza.

—Eh, avemaría, es que yo sí tengo un hijo muy inteligente.

El millón de pesos se desmaterializó entre el pago de algunas deudas, la cancelación de una cuenta de luz atrasada y dos borracheras (mías, mi mamá no bebe). Pero la importancia de ese premio, más que el reconocimiento maternal, fue mi propio convencimiento de que lo que hacía tenía algún valor. Quedé pletórico, crecido, soberbio. Al año siguiente apareció la convocatoria de otro concurso nacional, este no tan importante a mi criterio, dirigido a trabajadores de todos los gremios. El ganador recibiría tres millones de pesos; el segundo, dos; y el tercero, un millón. Envié un relato que había escrito con un tono similar y con el mismo estilo de aquel que me había abierto las puertas de la gloria.

Semanas después llegó a mi casa una elegante tarjeta de invitación para la ceremonia de entrega de premios. El sobre personalizado, con mi nombre completo escrito a mano alzada, daba a entender la inminencia de una sorpresa que los organizadores no podían revelarme para no dañar el protocolo. Llegué muy puntual al teatro Porfirio Barba Jacob, sede del evento, y lo primero que encontré en la entrada fue a mi amigo Andrés Marcel, un hombre inteligente y buen lector, pero al que nunca le conocí pretensiones literarias. ¿Qué hacés aquí?, le pregunté extrañado. Vine a la premiación, dijo con una sonrisa abierta, y un brillo de optimismo ingenuo en su mirada. Sentí pena por mi amigo y pensé en la incomodidad de recibir el premio al lado de alguien que tendría que salir con las manos vacías. Pero cuando

el presentador empezó a leer la lista de ganadores una idea tranquilizó mi consciencia: ¿qué tal si Andrés quedara entre los cinco primeros? Podríamos celebrar su reconocimiento y mi premio, como un equipo ganador. La voz del presentador pronunció el nombre del quinto puesto, que no era Andrés. El cuarto estaría bien, pensé mirando de reojo a mi amigo, pero el maestro de ceremonias anunció otro nombre. El tercer lugar lo ganó una señora de gafas que estaba a nuestro lado. Para los dos últimos premios decidí desentenderme de Marcel; ya lo había acompañado hasta aquí y no podía agriar mi momento por un encuentro fortuito a la entrada del teatro; que se hiciera cargo de su propia suerte. El segundo puesto lo obtuvo un calvo que estaba en la primera fila. Luego, el presentador carraspeó para generar un poco de dramatismo y yo empecé a ponerme de pie. En medio de un redoble de tambores que no supe de dónde provenía, el nombre del ganador, articulado sílaba por sílaba por la voz de locutor, quedó reverberando en el aire: ¡Andrés Marcel Giraldo! Mi amigo saltó de su silla y yo, que ya estaba de pie, lo imité mecánicamente; fingí una emoción que solo pude sacar de mi adentro manteniéndome en la idea de que habían dicho mi nombre. Abracé a mi amigo con una felicidad para la que tuve que recurrir al método de la memoria emotiva, y salimos cada uno para su casa porque Andrés tenía que madurar al día siguiente y no podía celebrar.

En los siguientes quince años solo volví a ganar plata con la literatura en dos concursos. El más memorable no fue el más prestigioso ni el de mayores ganancias sino uno que organizaba el periódico *La Piedra de Ayurá*, en Envigado. Lo recuerdo con especial relevancia porque siempre atribuí ese premio más a la puntería que al talento literario. Los reconocimientos consistían en quinientos mil pesos en efectivo para el tercer puesto; un cuadro avaluado en cuatro millones de pesos, obra de un pintor vernáculo, integrante del Círculo Literario El Parnaso Envigadeño —entidad que junto con *La Piedra de Ayurá* había organizado el concurso— para el segundo puesto; y otro flamante cuadro, avaluado en ocho millones de pesos, pintado por otro de los integrantes del Parnaso Envigadeño, para el primer lugar. La noche de la premiación iba camino a la biblioteca municipal cuando me encontré a Sergio Restrepo en una esquina del parque. Me preguntó para dónde iba y como no tenía mucho que hacer se ofreció a acompañarme. Antes del veredicto debimos presenciar el acto cultural protocolario que empezó con el himno de Envigado,

siguió con la lectura que cada uno de los diecisiete integrantes del Parnaso Envigadeño hizo de sonetos de su propia autoría, y siguió con el recital lírico de una dama, también perteneciente al Círculo Literario El Parnaso, acompañada en la guitarra por su hijo que adelantaba el segundo nivel de música en la Casa de la Cultura. Cuando se dio comienzo a la lectura del veredicto estábamos un poco cansados, pero me animé sabiendo que el premio que anunciarían en primera instancia sería al que yo apuntaba. Por única vez en mi vida ocurrió que la realidad se presentó tal cual yo la había nombrado antes de que ocurriera. No acababa de decir en mi mente: el tercer premio es para Luis Miguel Rivas por el cuento *Huid de la primera mirada*, cuando el maestro de ceremonias repitió exactamente las mismas palabras. Sergio y yo gritamos como si me hubiera acabado de ganar el Nobel y luego de recibir el dinero en efectivo y esperar el final de la ceremonia salimos a celebrar con una borrachera que duró hasta el día siguiente y en la que se evaporó casi la totalidad de lo ganado.

No volví a ganar nada, pero seguí escribiendo relatos y poemas que leía a los amigos en las cantinas, las fiestas y las reuniones. Fue por esa época cuando algunos conocidos empezaron a identificarme con el tío bohemio que cada uno de ellos tenía y que toda familia paisa tiene en su haber (junto con el cura, el emprendedor y el mafioso). El tío Eduardo, el tío Rogelio, el tío Ernesto, el tío Alberto: el que declamaba poemas del Indio Rómulo en las fiestas familiares, el que coleccionaba los suplementos culturales de los periódicos y escuchaba los programas de Radio Bolivariana. El que se quedó a vivir con la mamá cuando todos se fueron. Me lo decían, o me lo mandaban decir, no como un homenaje a la personalidad alada de esos familiares simpáticos y menospreciados sino como queriéndome hacer caer en la cuenta de lo que yo era sin saberlo o de aquello en que iba a convertirme si seguía por el camino en que iba. El mensaje en vez de ofenderme detonó la pregunta por mi realidad como escritor y despertó el interés por aquellos artistas domésticos con los que se me identificaba: poetas de barrio, soñadores sin obra conocida que en las reuniones familiares respondían a las indirectas de los hermanos prósperos con una arrogancia de cabeza agachada o con una soberbia endeble que alguna vez oí manifestarse en la frase: justed no sabe quién voy a ser yo!

Busqué su cercanía. Conocí a Ramiro Pérez, solterón del barrio Boston, a quien su sobrino, un compañero de mi universidad, le pasaba a computador

folios y folios de reflexiones filosóficas y novelas a medio camino que Ramiro iba garabateando sobre cuadernos escolares mientras le hacía los mandados a la mamá, en filas de banco y salas de espera de las oficinas de la EPS; supe también de Bernardo Ospina, tío de mi amigo Julián, poeta, cantante y músico autodidacta, descartado prematuramente en las eliminatorias de Factor X y autor de un libro de versos autopublicado bajo el seudónimo de Constantino VIII, que varios familiares todavía conservan en el armario del comedor, junto a la enciclopedia Lexis 22; por mencionar algunos.

Gildardo, Ramiro y otros tenían asegurada la supervivencia porque vivían en casa de la madre o con una hermana, y ejercían su actividad espiritual de manera azarosa y a veces vergonzante; estaban demasiado atados a ese mundo prosaico al que no alcanzaban a pertenecer del todo y solo se acercaban a su arte mientras no se arriesgara la precaria comodidad en que se movían estrechos. Descubrí que, siendo como ellos de alguna manera, no alcanzaba a identificarme completamente con su condición.

Luego empecé a conocer artistas que trabajaban de día para ganarse la vida y pintaban, escribían o ensayaban, con metódica dedicación, en las noches y los fines de semana. Empleados, comerciantes y hasta empresarios exitosos, aplicados a su obra con disciplina y constancia. Muchos lograban resultados sólidos y hasta inspirados, pero yo sentía que en el fondo algo les faltaba. Tal vez un poco de irresponsabilidad y locura. Eran más paisas que artistas y es sabido que esas dos mentalidades no son conciliables: uno es paisa o es artista. Siendo yo también un poco como ellos no lo era del todo.

Más tarde entablé contacto con los que podrían llamarse “artistas de tiempo completo”: narradores, pintores, poetas, músicos, escultores, bailarines, cantantes, actores y también gestores culturales (esas personas dedicadas a crear las condiciones para que las obras de los creadores se materialicen y sean difundidas), cuya vida estaba exclusivamente centrada en la realización de sus proyectos. No tenían familia que les sostuviera ni buenos puestos que les permitieran ganar bien para dedicarse al arte en los ratos libres. Vivían bajo la sombra de la convocatoria que se iban a ganar, del posible cliente para tal cuadro, del inminente patrocinio, siempre con la esperanza de los recursos que van a llegar y el terror de las facturas pendientes. Eran los que Tonio Kröger, el personaje de Thomas Mann, llamaba con una mezcla de desprecio y anhelo: los gitanos que van por los caminos en sus carretas verdes.



De todos esos artistas siempre me interesaron sobre todo los que más se parecían a los tíos declamadores, los que “no llegaban a nada”. Los del poema de Pessoa:

¿En cuántas buhardillas y no buhardillas del mundo no hay en este momento genios-pa-sí-sí-mismos soñando?  
¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas,  
sí, verdaderamente altas y nobles y lúcidas,  
y quién sabe si realizables,  
nunca verán la luz del sol real ni llegarán al oído de nadie?

Recuerdo a Ramón, un viejo barbado y enjuto al que nunca pude ver de cuerpo entero, porque siempre estaba detrás de su puesto en el Centro Popular del Libro: lector impenitente, anónimo especialista en literatura española de comienzos del siglo XX y autor de cinco o seis novelas mamotéticas, tachonadas en agendas vendidas con una letra inclinada y casi críptica; a Matarco, ese pintor envigadeño, que en mi infancia veía borracho en las cantinas con los pantalones y la camisa chisgueteados de óleo, y que dejó una profusa y desconocida obra después de una muerte trágica.

Y en la buhardilla mayor, el más insignificante y el más grande, del que todos los otros me parecían descendientes: Henry Darger, apocado aseo de una escuela pública en Chicago, inquilino de una habitación en la que fue encontrada, después de su muerte, la novela más larga que se haya escrito: 17 500 páginas acompañadas con cientos de pinturas en acuarela, dibujos y collages, en la que se narra la

guerra entre un fantástico país habitado por niños y un malvado ejército de adultos invasores.

Me asombraban esas vidas entregadas de pleno a la confección de una obra con el único y exclusivo propósito de hacerla, sin pensar ni siquiera en la palabra obra, y mucho menos en las repercusiones que pudiera tener.

Sin embargo, yo no era tan estoi-co para ofrendarme completo a una tarea desinteresada ni tan buen ciudadano para acomodarme en un trabajo estable ni tan bohemio para flotar en la ligereza de la creación sin importarme la supervivencia. Pasaba por todas esas instancias dejando fragmentos míos en cada una de ellas, pero sin afincarme en ninguna.

Lo cierto es que un día aterricé en Buenos Aires. A cada rato digo que llegué aquí con setecientos dólares, un libro de Chéjov y cuatro mudas de ropa, con la intención de dedicarme a escribir. Cosa que no es tan cierta (uno crea sus propios mitos para hacerse a una épica personal que le dé ánimos). En realidad, solo estaba desesperado. Lo que sí es cierto es que vine con demasiadas ilusiones artísticas como para engancharme en cualquier trabajo de inmigrante urgido y muy adulto para ejercer los oficios que desempeñan los veinteañeros con ánimo de aventuras. A pesar de los apremios de la realidad me sentía incapaz de trabajar. Eventualmente alguna revista me pagaba cualquier cosa por un cuento. O me encargaban la escritura de un texto que me daba para vivir con lo justo por un tiempo. Pero nunca pasó lo que se llama hambre. Eso sí, conocí todas las variedades posibles en la preparación del arroz con huevo. A finales del

2011, en medio de uno de esos períodos de monotonía alimenticia, recibí una invitación para asistir a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, por cuenta del único libro que había publicado y que no sé cómo llegó a manos de los organizadores. De un momento a otro estaba en un hotel cinco estrellas, dentro de una habitación en la que tenía que coger impulso para montarme a la cama, degustando los más exquisitos manjares en los mejores restaurantes y llevado de aquí para allá como un príncipe. Lo disfruté mucho y a los cinco días estaba de nuevo en mi habitación de Buenos Aires comiendo arroz con huevo. Al cabo de varios años escribí una novela que tuvo buena aceptación y una productora internacional compró los derechos audiovisuales. Me pagaron, primero tres mil, después cinco mil, y luego veinticinco mil dólares. Mucha plata para mí, aunque muy poca si se trata de solucionar el problema estructural de la supervivencia. No hice ninguna inversión como habría hecho cualquier hombre sensato, sino que, a la manera de Manuel, el protagonista de la novela que había generado la plata, adelanté un par de años de alquiler y metí una ringlera de billetes en el clóset de donde iba sacando a medida que necesitaba. Pero a partir de ese momento cumplí mi anhelo de sentarme frente al computador a pensar en el próximo capítulo y no en el próximo mes de arriendo. Y todo siguió mejorando. Empecé a recibir los premios más importantes, los que me han convertido en el hombre rico que soy en la actualidad.

El primero llegó a través de Facebook, en un mensaje remitido por un tal Jorge Mario Rivas. Cuando abrí el

mensaje y vi la foto caí en la cuenta de quién era: uno de mis hermanos medios, de los que tenía noticia, pero con los que nunca entablé relación. Me contaba que tenía un hijo de cinco años y había decidido hablarle sobre las hazañas de su abuelo, nuestro padre, quien fue combatiente en la guerra de Corea. Buscó en Google su nombre: Miguel Rivas, y aparecí yo. Encontré crónicas y cuentos y seguí buscando hasta reparar todo lo que salía publicado con mi nombre. Leyó con entusiasmo creciente, emocionado, según decía el mensaje, por haber encontrado un Miguel Rivas que daba testimonio de cosas distintas al triste heroísmo de la guerra; me pedía perdón por el abandono de mi padre y expresaba su alegría de poder hablarle a su hijo de un tío escritor que generaba esperanza y ganas de reír. Ese correo me ahorró muchos años de terapia, facilitó un perdón que no había podido hallar, deshizo un nudo que me estaba estrangulando el alma, me llenó de prosperidad interior y amplió mi vida.

El segundo premio lo recibí el año pasado. En febrero me llegó un mensaje por el interno de Instagram, remitido por la cuenta de El Águila Descalza. Cristina Toro decía que habían leído mis libros, que ella y Carlos Mario eran mis admiradores (¡la riqueza de ser admirado por quien uno admira!); que venían a Buenos Aires y les gustaría que nos tomáramos un café. Quedamos de encontrarnos en el bar La Giralda de la calle Corrientes y bastó vernos y decir la primera palabra para ser arrastrados por un torrente de charlas, risas y canciones que venía de vidas pasadas y se prolongó por días, tardes y noches, en calles, bares y restaurantes, hasta el día de hoy. Regresaron a Medellín para su temporada en el teatro Pablo Tobón Uribe y en una de sus funciones invitaron a mi mamá. Ella, que nunca va a espectáculos y que nunca ha querido a mis amigos artistas, aceptó, dada la fama de quienes hacían el ofrecimiento. Para chicanear con los del barrio invitó a la Cucha, una vecina de mi edad, a la que desde niña le pusieron ese remoque porque siempre tuvo la cara que apenas ahora encaja con su presencia de señora. Terminada la obra, frente al auditorio repleto, Cristina dio las gracias al público y entre los anuncios propios del final de cada función dijo que en la sala se encontraba una persona muy especial: la señora Luz Mery Granada, madre de un importante escritor antioqueño al que todos deberían leer: Luis Miguel Rivas. Estoy seguro de que la mayoría de los presentes no sabía quién era el mencionado escritor, pero el auditorio completo, alentado por el entusiasmo de Cristina y Carlos Mario, explotó en un aplauso multitudinario, todas las miradas dirigidas hacia el palco donde estaban mi mamá y la Cucha. Carlos Mario grabó el momento y me envió un video en el que aparece mi madre petrificada, como un pajarito obnubilado por un reflector, sin poder comprender semejante ovación dedicada a ella por el simple hecho de estar viva y haber tenido un hijo; y a su lado, la Cucha bañada en lágrimas. Dos señoras de barrio, amas de casa que nunca se habían sentido importantes para nadie más que su familia, estaban viviendo, sin saber a ciencia cierta qué estaba pasando, la gloria fugaz de la celebridad. Al día siguiente llamé a mi mamá para preguntarle cómo le había ido y si le había gustado la obra. Sin ningún matiz en la voz me dijo que estuvo “muy bueno todo” y que al final ellos habían dicho “unas palabras muy bonitas sobre usted”. Y que camino a la casa la Cucha le había comentado, emocionada: “Yo sí sabía que Miguel no era mala persona, pero no que era tan famoso”.<sup>©</sup>

\*Este texto hace parte de El Poder de la Cultura.

# ¿Es usted pobre?



**E**so depende, es lo que cualquiera se apresura a contestar. Por eso este cuestionario le ayudará, en la intimidad de su consciencia, a situarse ante la realidad; quién quita que se esté perdiendo de algún subsidio ancestral.

1. ¿Cierto que usted no se considera pobre? (Si contestó afirmativamente no necesita continuar respondiendo las demás preguntas).
2. ¿Recoge los sellos de las bolsas de leche Colanta y reclama un yogur de maracuyá?
3. ¿Cuando lava la cobija llueve?
4. ¿Considera un desperdicio la manga larga?
5. ¿Conoce los puntos de wifi libre en su barrio?
6. ¿Sabe cuál es el tamal cuya masa es más rica que la carne?
7. ¿Se plancha el pelo con la plancha de planchar la ropa?
8. ¿Suele mecatiar pata de pollo apanada?
9. ¿Fabrica su propio Baileys con malta y lecherita?
10. ¿No le sobra plata para gastar en el tiempo que le sobra?
11. ¿Su tatuaje tiene un error de ortografía?
12. ¿Tiene su playlist en una USB?
13. ¿Lo reconocen las degustadoras?
14. ¿Su contrato termina en noviembre y empieza en febrero?
15. ¿Cree que la prima es una pariente?
16. ¿Solo ha tenido en sus manos un billete de 100 mil para conocerlo?
17. ¿Sabe distinguir unos tenis réplica AAA de unos AA?
18. ¿Cuadra su moto en la sala?
19. ¿Construyó una rampa en la acera para entrar la moto?
20. ¿Cree que Uber es el nombre de un vecino?
21. ¿Es vegetariano por fuerza?
22. ¿Distingue el éxito del Éxito?
23. ¿Cree que andar de prendería en prendería es ser emprendedor?



## Resultados

- ♦ Si contestó a todas que **sí**, bienvenido, hermano venezolano. Aquí lo recibimos con los brazos abiertos y los bolsillos vacíos.
- ♦ Si contestó a todas que **no**, ¿qué hace leyendo Universo Centro gratis? ¡Suscríbese ya!



Esta navidad piensa bien antes de endeudarte.

Esta es una época en la que nos dejamos llevar por la emoción de compras y deudas innecesarias.

**Por eso recuerda:**

el mejor regalo que te puedes dar en estas fiestas es tranquilidad.

**Comienza a ahorrar desde ya.**

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA



La diferencia está en confiar

# POST TENEBRAS PERREO

por SANTIAGO RODAS

Provenza, de Karol G, fue la canción más escuchada en Spotify de una artista femenina este año, por encima de Rosalía y Beyoncé, además suma 556 millones de reproducciones en Youtube. La canción se sitúa en una geografía particular: la cosmogonía que construye el reguetón en sus representaciones musicales y que se ubica en Medellín, en El Poblado. Nunca un barrio de esta ciudad estuvo tan presente en una de las músicas más sonadas del mundo. En la canción se dan “un rocecito por Provenza” y proponen una referencia velada al Barrio Antioquia, no hay mucho más sobre la ciudad, no obstante, con la mención del lugar es suficiente para activar la ciudad adentro del circuito de las ciudades más sexis de Latinoamérica. Maluma, en uno de sus videos dice: “Sería una chimba, ahora que estamos en Europa, hacer un video para llevar Medallo al mundo entero”. En estas lecturas, Medellín es una metonimia de la Comuna 14, la construcción particular de una ensoñación para los turistas que buscan en la ciudad eso que les ofrecen en las representaciones musicales.

Medellín ha devenido en el epicentro de los relatos en forma de canciones que la industria musical latina produce ahora mismo bajo el sello del reguetón. Un sinnúmero de ejemplos diluidos en las letras de las canciones, referencias a sus barrios, imágenes y sonidos hablan de esta ciudad “renovada, limpia, multicultural, sexi”. De pronto Medellín se vuelve sabrosa y y deseable; tiene la brisa del mar Caribe flotando, apareándose con el esmog en sus calles. Atrás quedan los problemas del presente, su desigualdad económica, su tasa de homicidios y feminicidios. La ciudad se posicionó como la capital mundial del reguetón que junto a Puerto Rico son los productores con denominación de origen de éxitos asegurados para la industria.

El reguetón empezó como un sonido plebeyo, una música de barrios marginalizados de Puerto Rico y Panamá, se introdujo en Colombia a principios de los dos mil con algunos vasos comunicantes de esta energía erótica y barrilal de los lugares del Caribe (véase Fusión Perreo, de Quibbdó, por ejemplo). Poco

tiempo después, y a raíz de su éxito entre los jóvenes, la industria lo logró “corregir” y encontró las estrategias para destilar este “linaje negro”, y remplazar toda la “suciedad” con un sonido enjuagado en el pop gringo, mucho más digerible para el registro primermundista.

Esta ciudad ha sido clave en esa transición del género y su transformación, también ha servido como laboratorio para ese proceso de blanqueamiento de los sonidos y las imágenes que se registran en las letras, las canciones y los videoclips. Los puentes se tejieron primero con los migrantes colombianos en Miami, pues muchos de los cantantes de la ciudad tenían relaciones familiares o laborales con alguien en Estados Unidos, luego, con una mimesis del acento y la actitud de los puertorriqueños en el fraseo, empezaron a ganar terreno en la escena local y pocos años después, a seducir a los productores del “género urbano” para que vinieran a la “Mónaco suramericana” y descubrieran el potencial de talentos que tenía escondido la ciudad.

Canciones como *Poblado*, con 384 millones de reproducciones en Youtube, *Qué Chimba*, con 38, *La Isla*, con 24, de diferentes artistas de talla mundial, le cantan al barrio El Poblado como un lugar de ensueño para la fiesta, el desenfreno, la cocaína de buena calidad, el amor y el sexo. Todas estas capas musicales cubren, como un manto sonoro, las complejidades en El Poblado, específicamente en las cercanías del Parque Lleras, la prostitución infantil, la trata de personas, la gentrificación, la especulación inmobiliaria, la indigencia acrecentada, entre otras problemáticas. El Parque Lleras es un centro gravitacional de estas músicas que trazan un imaginario de este lugar como algo que, definitivamente, no es, quizá porque hace mucho tiempo quienes escriben las canciones no lo habitan.

Se me hizo particular que, en esta búsqueda, pude encontrar más de treinta canciones de reguetón que se refieren, de manera directa, al espacio de El Poblado y hacen énfasis en el Parque Lleras.

Acá, una selección de canciones que hablan, a modo de radiografía, sobre dicho espacio, para el deleite local e internacional. ©



*No sé si te convenza (ey)  
Nos damo un rocecito por Provenza  
Y si la cosa se pone tensa, en mi cama la recompensa  
O viceversa, ¿por qué lo piensas?*

**Provenza, Karol G**

*Me tiene enviciao', waoh, waoh  
Encerrao' en el penthouse (wa-aoh)  
Con la vista del Poblao', ah-ah-ao  
En el jacuzzi vo'a meterte  
Profundamente conocerte*

*Le compré unos pantie' Moschino pa' que modele  
Y un perfume Bond, ay, qué rico huele  
Ese culito es mío, ya yo tengo los papele'  
Encerrao', en un PH en El Poblado*

**Poblado (remix) J Balvin (part. Karol G, Nicky Jam, Crissin, Totoy El Frio y Natan & Shander)**

*Si en el Lleras empezamos con el guaro  
En el parque, rematamos con roncito  
A Sabaneta, le llegamos a caballo  
Y en Las Palmas, al mirador, con un bluntcito*

**Qué Chimba, Maluma**

*Y si supieras con quién fue que te olvidé  
Estaba feita, medio gordita  
Pero eso en cuatro no se ve  
Me acuerdo cuando te vi en el Lleras  
Que cambié de acera  
Gracias a Dios que te lo echaba afuera*

**Vete Vete (part. Nejo y Dálmata) Maluma**

*Yo ando con mi combo activao'  
Los carros tanqueaos y en mero capsulón  
Esta noche perreito en Provenza  
Y terminamos en La Mansión*

**Perreito En Provenza, Kevin Roldán**

*Y vamo'a dar una vuelta por Medallo  
En el ph del Poblado  
Mami yo te estallo*

**Esta Noche, Manu MDG**

*Tiene lo suyo en la cartera  
La semana en la U  
Pero el weekend en el Lleras*

**Flako Gallego: Party El H.P (ft. Reykon)**

*Bebé, ¿dónde estás?, esta noche paso por ti en el huracán  
Tu sabe' tu novio no tiene na pa gastar  
Tú y yo capsulando en El Poblado ma, vamo' a vacilar*

**Kevin Roldán: Huracán (ft. Ryan Castro)**

*Como ese día, mami, en el Lleras, tú estabas soltera  
Bajamo' bien rico la bellaquera  
No entiendo por qué a vece' te pone' en pichaera  
Si otra vez llamaste, shorty, pa' que te comiera*

**La Suite (remix) (part. Kevin Roldán, J Alvarez y Jamby El Favo)**

*Y me dijeron que' tás soltera  
Quiero bajarte esa bellaquera  
Yo sé que tengo chavo' en la cartera  
Pero quiero parchar contigo en el Lleras*

**Mojando Asientos (part. Feid) Maluma**

*Tengo una colombiana allá en Parque Lleras (wuh)  
Y una venezolana que me espera afuera (yah)  
Yo soy un zorro, Antonio Bandera (yah)  
Yo te escuché y tú suena' guantanamera (-mera)*

**Academy Gan Ga (Avengers Version) The Avengers**

*I been chilling and my bidness is whylin'  
En un PH en Poblado, just vibin'  
Desde Poblado a Condado, we poppin'  
This is the life that we said that we wanted*

**24 Hours (Freestyle), Snow Tha Product**

*Bajando por Palmas de camino pal Pobla  
Le compré uno' panties aunque ya no es mi novia  
Le canté Lejanía y lo subió a su historia  
Le robé un besito y ya mi exnovia la odia*

**Monastery (part. Feid) Ryan Castro**

*Que no se te olvide  
Después del Lleras, cómo quedamos  
Que no se te olvide  
En la disco, cómo la pasamos*

**Rayo ft. Toby: Margaritas con Ella**

*Me acuerdo cuando yo te vi en el Parque Lleras por primera vez te dije ¡hola qué tal!  
y tú dijiste, ¡qué más pues!*

**Kario y Yaret: Mi Colombiana**

*En el Lleras un guaro  
No importa lo que digan  
Total es mi vida  
A los que me critican  
Que Dios los bendiga*

**Arte, Andreina Bravo**

GENTRIFICACIÓN  
FIESTA  
HASTA ABAJO  
COCAINA  
TRATA DE PERSONAS  
INDIGENAS BAILAN  
PORMONEDAS  
ESPECULACION INMOBILIARIA  
PROSTITUCION INFANTIL  
HASTA ABAJO  
PARAMILITARISMO  
ESTADO VISTAGORDA  
NARCOTRAEFICO  
GRINGOSEXOTIZACIÓN  
TERCERMUNDISTA  
DEMBOW  
ALCALDÍAS COMPLICES DEL  
CRIMEN PENTHOUSES  
LA CIUDAD MÁS NOVADORA  
LA CALLE MAS COOL DEL MUNDO  
DE SPOJO  
DOLARES  
COCAINA  
SANGRE  
PERREO  
CARRO BOMBA  
SILENCIO  
EN OSCURITO NO SE VE UNA  
CIUDAD DEBAJO DE UNA CIUDAD  
DEBAJO DE UNA CIUDAD

Les tenía mucho miedo. Hace muchos años, cuando en la familia paterna éramos celadores del viejo Columbus School, al frente del Hospital Pablo Tobón, en la comunidad de Robledo, papá pateó una que fue a caer sobre mi humanidad desnuda cuando, inocente de la persecución, salía de la ducha. La fiera adolorida chilló, me subió por la pierna izquierda, se afincó en mi toalla y en un instante llegó a mis hombros, para saltar desde allí hasta reencontrar una mejor vía de escape. Todavía recuerdo el grito de mi mamá, “bruto”, las patas frías, esas uñas hirientes pegadas de mi pecho y la cola larga y calva cerca de mi cara. Desde entonces nunca he estado a su favor, por miedo, a pesar de que organizaciones de animales griten por las calles contra todo maltrato. No, cualquier método contra ellas a mí me sirve, así sea enfrentarlás a balazos.

La primera víctima de mi miedo se instaló debajo de un horno empotrado que teníamos en mi casa en Envigado. De allí salía ella hacia la despensa de plátanos maduros que protegíamos debajo del lavadero de ropa. Las huellas sobre la cáscara del plátano eran inobjetable: una rata, con unos dientes tan grandes como los rastrillos de un tenedor casero.

Uno siempre cree que tiene en su casa a una sola rata; mentiras, pueden ser varias. Uno cree que es una cucarachita; mentiras, es un nido entero. No te fíes si ves un solo zancudo, alrededor tuyo deben volar por decenas. Azuzados por el terror e inspeccionando su ruta de alimentación, concluimos que el nido estaba tras el horno. Metí la mano enguantada y temblorosa por debajo del electrodoméstico y encontré la puerta de entrada y salida de su nido. Se había instalado allí en los veinte días de nuestras vacaciones. Nadie la iba a molestar en esos días. Tampoco tenemos, ni siquiera, un gato. El horno por debajo tenía una brecha grande que hubiera sido posible controlar con una pestaña de cualquier material que impidiera el paso de un intruso pequeño, pero como no se veía, el constructor solo se interesó en cubrir las defensas visibles de la casa.

Fui donde el especialista que por unos pocos pesos me dio la solución inmediata. “Déjele los plátanos en el mismo sitio. Y a la salida de la cueva, le pone este papel pegante. No lo toque, que se le quedan pegados los dedos. Simplemente levante esta banda protectora y deje el cartón sobre el piso. Caerá de inmediato. No lo dude ni se asuste”.

Cometí el error de dejar la trampa al acostarme, después de las once de la noche.

A la una de la mañana nos despertó un chillido agudo y terrible, como si alguien estuviera siendo torturado; era peor que el llanto de un bebé hambriento. Me levanté pensando que era un mal sueño, esperé, fui hasta la cocina de donde provenían los chillidos y encontré allí, adherida al cartón, a una rata del tamaño de mi brazo. Abría la trompa para chillar de tal manera que toda la urbanización debió haberse dado cuenta del suceso. Yo veía la fila de sus incisivos y a continuación, sus muelas; pero esta vez esa dentadura no me desafiaba, era un lamento. Mi familia se encerró en una de las piezas, bajo la protección de mi esposa. Con una escoba saqué hacia la puerta el cartón pegajoso, con la rata como trofeo de caza, adherida a él por las cuatro patas y la cola, y de allí lo lancé a la calle de algo más que un escobazo. Pensé que con el estrujón el animal se zafaría del cartón, pero no pasó nada. La rata chilló más.

Traté de dormir, pero a los minutos me llamaron de la portería que algunos vecinos se habían despertado con los chillidos y uno de ellos amenazó con ir a quejarse ante la secretaría ambiental del

municipio, porque esa no era la manera de abandonar una rata recién caída en una trampa. Le pedí al celador que me ayudara, pero me dijo que a él le daba mucho pesar maltratar a un animal así, pero que, al menos por ahora, dejara de interrumpir el sueño de mis vecinos, y que, si yo mismo no la podía matar, al menos la pusiera lejos de ahí.

Así que a esa hora de la mañana tuve que conseguir una caja y con la ayuda de un rastrillo, hacer malabarismos para

meter la hoja de cartón con la rata a la caja, y transportarla a pie, por cien metros, hasta la portería, donde encontré la conducción para tirarla: una alcantarilla de aguas lluvias, y así, dejar de molestar a mis vecinos. Levanté la rejilla metálica y puse la boca de la caja contra el piso. Sin embargo, con los cien metros de caminata, la hoja de pegamento se había volteado un poco contra el cartón y no quería despegarse de la caja, ni siquiera a golpes; qué buen pegamento

les vendieron a estos empresarios anti-ratas. Tuve que golpear con fuerza la pared de la caja donde el pegamento se había adherido, mientras el celador se carcajeaba por los problemas en los que me estaba metiendo a las dos de la mañana. Cuando la rata con pegamento y todo cayó a la conducción, cerré la rejilla. El agua de lluvia haría el resto.

Por las siguientes horas, los chillidos del animal me resonaron como si estuviera una enfermedad grave en los oídos y

esa noche literalmente no dormí, aunque ninguno de mis vecinos me dio las gracias al otro día por la aventura de quitarle una rata de su sueño.

Ahí aprendí. El método del pegamento era demasiado cruel e inoperante. Había hecho bien mi papá en sacar a patadas las ratas del Columbus School, así se le atravesara en el camino el hijo más débil, recién bañado y con la toalla en la cintura. Nunca volvería a utilizar ese papel pegante. Ni riesgos.

Al otro día le pagué al trabajador de servicios varios para que sellara esa brecha bajo del horno. Una tablilla sin pulir, de algo más de medio metro de largo por quince centímetros de ancho fue suficiente para cerrar de una vez por todas la posibilidad de que algún roedor volviera a asentar su nido.

Pero el asunto no terminó ahí.

En el nido sellado quedaron ratas atrapadas, seguramente crías sin terminar de amamantar. Por eso era que la rata chillaba de una manera tan lamentosa y nada agresiva: sus crías, caramba, se quedarían solas. La trampa de pegamento había dejado a unos hijos alejados de su madre, sin leche, sin quién los cuidara. No puedo decir que fuera yo el criminal que aceptó la estrategia terrible del especialista, pero todos somos culpables de una medida tan inhumana, desde el inventor del pegamento hasta el comercializador y, obvio, el ejecutor implicado: yo. Entonces las raticas, sin poder encontrar la salida y teniendo hambre, en las siguientes dos semanas destruyeron los cauchos de protección de los cables que traían la electricidad al horno y produjeron un pequeño corto circuito que hizo operar la protección de interruptores, pero que impidió que mi esposa volviera a poner el horno a funcionar.

Tuve que llevar un técnico que se demoró ocho días en cumplir su cita, pues la fábrica de hornos daba garantía al electrodoméstico, solo si los técnicos contratados por ellos eran los que hacían la revisión. Este hombre sacó el horno de su cueva y descubrió, además de los cables pelados por los dientecillos de las ratas hambrientas, tres esqueletos de ratas pequeñas y uno de una rata grande. Así que no pude saber si la rata que cayó en la trampa del pegamento era hembra o macho, pero lo que es seguro es que hacía parte de una familia compuesta por hijos, madre y padre. Y entonces los recuerdos de sus chillidos en mis oídos se hicieron más delirantes.

Pasaron varios años para que a mi casa de Envigado volviera a entrar un roedor. Sucedió en otras vacaciones, cuando me fui con toda la familia a un paseo jubilatorio. Me demoré los noventa días de la visa, exactamente ochenta y nueve. Fue el tiempo preciso para que debajo de mis muebles de cuero se volviera a instalar una familia, esta vez de ratones, que son pequeños y ágiles, pero no tan tontos.

“Me parece que estoy oyendo chillidos y creo que son de ratones...”, me dijo mi esposa. Son sonidos agudos pero sutiles y en la noche en que no hay grillos, se pueden escuchar. Hay pocos grillos en el campo cuando hay luna llena. Mejor dicho, los grillos no salen a la hierba en campo abierto durante las noches de luna llena, porque son fácilmente cazados por los sapos y las ranas, las que logran camuflarse del mismo color del brillo de la luna. Es la mejor oportunidad para detectar ruidos de animales en la casa. En la mía, por ejemplo, yo tengo unas salamandras que hacen unos ruidos inolvidables y románticos, como si alguien tirara besos cuando se acerca la madrugada. Y cuando hay salamandras en una casa, desaparecen los zancudos.

Pues estos ratoncillos se me convirtieron en una verdadera obsesión. Hasta que los vi pasar. Hicieron hueco en la tela que se pone por debajo del mueble de cuero. Tuvieron noventa días para abrir el hueco; robar algunos hilos de algodón los cojines interiores del mueble; hacer nido, enfiestarse de tal modo hasta tener descendencia. Una tía que quedó encargada de remojar las matas una vez por semana no se dio cuenta del desastre que estaba comenzando a vivir nuestra casa.

Entonces volví donde el especialista. Quedé impresionado porque era el

mismo, un poco más canoso. Me alegré de la estabilidad laboral que yo pensaba que se había acabado luego de veinte años de poder omnívoro de las clases empresariales en el gobierno. Lo primero que le dije, con rabia, es que ni se ocurriera aconsejarme el pegamento que me había vendido hacía una década. Ni se acordaba de eso. “No, hombre, eso ya pasó de moda”, me dijo, “ahora tenemos el Rokil, para todo tipo de roedores, con la ventaja de que los animales no morirán en las cuevas, dejándole malos olores. El roedor tendrá que salir del nido”.

—¿Y eso cómo funciona? —le pregunté.

—Es un anticoagulante con eficacia del ciento por ciento. Necesitarán salir a buscar el aire. Por eso morirán fuera del nido.

—¿Me matará unas salamandras y unos sapos que tengo en el patio?

—No. No afecta las mascotas, a menos que ingieran directamente el veneno.

—Bueno, yo no tengo mascotas estrictamente hablando, excepto algunas salamandras y dos sapos que tengo en el patio, que me cayeron de alguna parte y no pudieron volver a salir. Pero el efecto es que no tengo zancudos. Es un antídoto muy eficaz.

—Lleve el Rokil, no se arrepentirá; roedor comido, roedor muerto... —mientras el hombre miraba con orgullo el frasco de polvo blanco.

—¿Y cómo se suministra?

—Simplemente se pone en un recipiente pequeño en el sitio donde el animal come. Puede ser hasta una tapa de gaseosa.

Entonces me dejé convencer. No era un maltrato lo que compré, es algo mucho más discreto que el pegamento. ¿Hasta dónde podrá llegar la inteligencia humana? “La rata tendrá que salir del nido”, como me repitió el hombre. ¿Cómo lo hacen? El asunto no parece ser de forma. ¿No nos están quitando las semillas de maíz para volverse ellos los únicos proveedores? ¿No vienen al trópico para encontrar nuevas especies y patentar sus descubrimientos como si nuestra selva fuera de ellos? Se inventarán el robot que mate a una rata. Son unos genios.

Puse el Rokil polvo en dos tapas de gaseosa, cerca de los plátanos que pongo debajo del lavadero, porque si de algo estoy seguro es que a estos animales les gusta todo lo que tenga caloría o azúcar. También puse una tapa cerca del nido, con un poco de agua, como decía en las instrucciones, junto a uno de los muebles, a modo de bebedero y debajo del lavadero para que acompañara el consumo del plátano. Me burlé de mi enemigo. Me iba a vengar de un todo y por todo de aquella rata que me subió por el estómago. Pero ocurrió lo contrario.

Los ratones son más peculiares que las ratas, no sobra anotar que son de diferente especie. No comen todos en el primer encuentro de una nueva variante de comida. Un miembro del nido, que generalmente es el macho, está destinado a probar la comida antes de que la pruebe toda la comunidad. Y ese probador amaneció muerto en medio de nuestra sala, bocarriba, con los ojos vidriosos y la boca completamente abierta y seca, los dientes suplicantes, tratando de aspirar la mínima cantidad de aire que pudiera encontrar en el ambiente. Debí tener una muerte lenta, sin aire. ¿Pero cómo lo lograban?

Yo necesitaba saber más detalles de lo que había pasado con ese ratón, visitante de mi casa, comensal dueño del mismo derecho de existencia que tengo yo, mis hijos o ahora, mi nieto. No puede ser que otra vez yo cayera en la crueldad y el desapego a lo natural, a la corriente obvia del proceso de nacer, crecer, reproducirse y morir.

Entonces me puse unos guantes amarillos de caucho, de los que se pegan a la piel, los mismos que usan los médicos de consulta para mirarnos el color de la lengua; tomé un bisturí del taller de pintura de mi esposa, y le puse una cuchilla de afeitar, de las viejas, de las que usan en barbería; me armé de un alicate largo de aluminio y de una pinza para depilar, desechada; llamé a mi hija la científica, que me dio instrucciones.

“Primero que todo creo que es una de tus locuras querer saber lo que no vas a poder comprobar, si no tienes pruebas químicas de laboratorio sobre el efecto de los venenos. Pero como te conozco, sé que lo vas a hacer con laboratorio o sin él, conmiigo o sin mí. Entonces, para que sigas teniendo en tus manos la estructura ósea del ratón, rompe de abajo hacia arriba y no al contrario. Eso te garantizará que el occiso no se te desintegre”.

Abrió entonces la panza del ratón, apenas rompiendo la tela suave y blanca que les cubre el cuerpo debajo de la piel. Era un héroe machito que había cumplido su función con valor. Honor a su entrega, ninguno más murió.

La sorpresa fue tremenda: como si hubiera explotado una pequeña bomba de plástico, los intestinos regurgitaron disparados por una presión acúfira incomprensible que por poco me llega hasta los ojos. Las tripas estaban inflamadas, aprisionadas unas contra otras, como en una lata de sardinas. Los riñones y el hígado habían sido diluidos por el anticoagulante, que debió ser el primer efecto del veneno. La verdad es que no los encontré a pesar de las instrucciones de mi hija para que los buscara de las tripas hacia arriba. “No puede ser, papá, si es un mamífero debe tener un hígado y dos riñones, los necesita para procesar las grasas de la leche materna. Sin esos dos órganos no habría sobrevivido ni la especie humana...”, decía mi hija por el celular. Pero esos órganos habían desaparecido. Se lo expliqué removiendo sus tripas, aunque ella no lo podía creer. “¿Qué pasó?”, gritaba, “¡qué cosa tan rara!”.

Llegué hasta el costillar y partí el cartilago que une los hemisferios izquierdo y derecho, repasando el filo de la cuchilla. El corazón era una hilacha. Liberada el agusanado de su cuerpo, los pulmones parecían recuperar su estado de inhalación, pero encontré que el corazóncito había explotado seguramente por la presión de la masa de agua en que se había convertido su sangre, ante la falta de hígado y riñones, que se confundieron en la disolución de todo lo que fuera coágulo. La presión de los líquidos sanguinolentos de los órganos inferiores impidió el funcionamiento normal de las conducciones respiratorias, las inundó hasta ahogar al animal, que tuvo que salir de su cueva a buscar la zona más rica del oxígeno, abrir manos y patas pidiendo clemencia al cielo; poner contra el piso su columna vertebral, hasta morir con los dientes pelados y secos, cuando sus pulmones aplastados no pudieron pasar algo de aire.

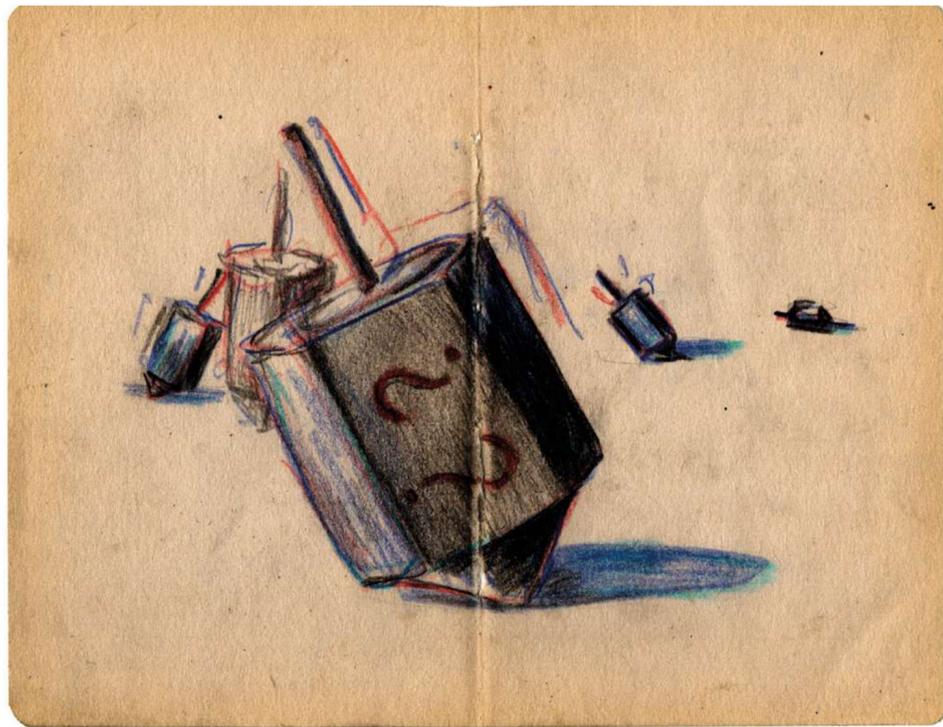
Quedé devastado, sin ganas de volver a hablar, pese a los consejos de mi hija que desde el país en que vive trató de darme ánimos durante varios días. “La ciencia es así, pa, hace descubrimientos dolorosos y alegrías hirientes. Te dije que sería doloroso...”. Yo ya no la oía.

Lo peor de todo es que muchas preguntas me han surgido desde entonces y no sé cómo contestármelas. ¿Quién sigue? No sé si las odio, no sé si les tengo miedo o respeto o lástima, o si correré con la próxima que encuentre en mi camino. ☹

# ROKIL

por JULIO CÉSAR DUQUE CARDONA • Ilustración de Gabriel Duque





# De Petros y petróleos

por EDUARDO ESCOBAR • Ilustración de Manuel Celis-Vivas

Para algunos la llegada al poder de Gustavo Francisco Petro fue un pequeño paso para un hombre pero un gran paso para la humanidad. Para mí fue una gran incomodidad, por decir lo menos, sentirme en un país tan irrisorio, donde los ciudadanos racionales como uno, o como yo me siento, a veces se ven condenados a la vergüenza de elegir entre un caballero de industria con un cierto aire de muñeco de ventrilocuo y los carismas tan exiguos de Gustavo Francisco, como de animal de sangre fría.

Es un país muy raro y difícil de zandear uno donde por pudor, para no vernos obligadas, las personas como uno, a concederle la razón a la señora Cabal, tomamos partido a regañadientes por la senadora Isabel Cristina Zuleta, por ejemplo, aunque en una conferencia magistral sobre los tormentos interiores que le ocasionaba el cambio climático, afirmó que prefería las yeguas a los caballos, sin dar muchas explicaciones. Una afirmación así encubre un peligro. Los que pueden ser así de tajantes deben llevar adentro una herida. Que a veces conduce al sentimiento

apocalíptico primero, y a la paranoia del espíritu mesiánico después, cuando el estado de ánimo se degrada.

En este país como están las cosas de frívolas uno está condenado a cavilar entre defender los puntos de vista de ojos claros de Margarita Rosa o a los cantos de sirena de Marbelle, y dudar de la perspicacia de los análisis políticos de la divina Natalia París, mientras el presidente anda por el mundo amenazando con un cierto aire de muñeco de ventrilocuo y los carismas tan exiguos de Gustavo Francisco, como de animal de sangre fría.

El discurso de posesión de Petro nos sorprendió a las personas como uno, porque parecía pronunciado por un personaje distinto al de la campaña. Aquel era sombrío, mezquino, plaga de rencores, amenazante como un Savonarola y dado a los lamentos según el evangelio de Eduardo Galeano y sus lectores de la primera línea. Ese libro que también deslumbra a la vicepresidente Francia y lo confiesa con una candidez que debería sonrojarse. El discurso presidencial en cambio estuvo lleno de nobleza y generosidad. Dije

una vez. No dije, porque es sabido, que a veces el patito feo termina por convertirse en cisne en los cuentos. Gustavo Petro adolece de una personalidad ampliada, como dicen algunos psicólogos de las últimas promociones: por un lado ostenta un lado racional, moderno, liberal en el buen sentido de la palabra, y por el otro, le chispea y cortocircuita el chip mamerto.

A lo mejor Petro resulta un gran presidente en comparación con el que esperábamos. O peor de lo que nos imaginábamos. En cualquier caso no importa. Los países no se acaban, solía decir Hernando Santos, el papá de Pachito.

En el esfuerzo por ceñirse al llamado lenguaje incluyente Petro masacró en su discurso de posesión la pobre lengua de Cervantes, como si no le bastara al pobre de Miguel su brazo molido, y cayó en consecuencia en un montón de incongruencias, políticamente correcto aunque gramaticalmente discutible. El capricho de la espada de Bolívar, que dejó fama de cobarde, fue un gesto superfluo y una descortesía con el rey de España que padeció la obstinación del ciclónico general venezolano, hasta verse constreñida a dejar entregadas a

la tiranía de sus atavismos estas naciones desventuradas y esperanzadas. Dije una vez. Y dije que para redondear la incongruencia Roy Barreras mencionó en el discurso preliminar de telonero, protocolario y largo, a Ezequiel Rojas, un conjurado en la nefanda noche sep-tembrina.

Ojalá Gustavo Francisco pueda cumplir sus propósitos heroicos de salvar a la humanidad del venenoso petróleo, corregir la política internacional de la guerra contra las drogas ilícitas contra los poderes que se lucran con la prohibición, los bancos y las mafias, e impulsar la unidad energética de América Latina y de sus sistemas de salud y salvar el Amazonas con los bonos de la justicia climática hermana de la justicia epistémica. Y ojalá también se cumpla la utopía de la paz total que convertirá a Colombia en una potencia mundial de la vida. Así por lo bajito. Y la amnistía general para probar otra vez la anomia. Aunque tenga que ensanchar el Capitolio para un montón de huéspedes de última hora.

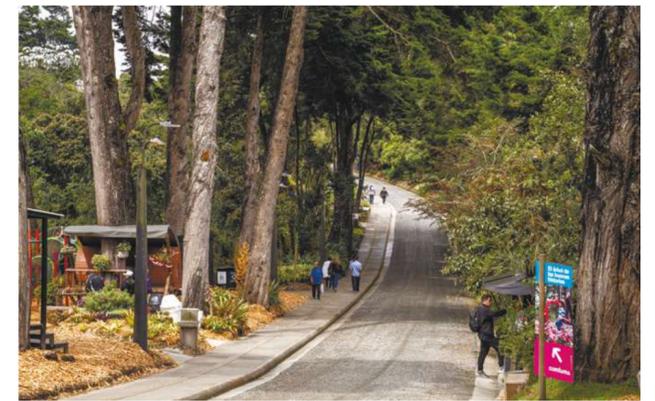
Existe la posibilidad sin embargo de que Petro se quede corto, con los crespos de la utopía hechos, y no logre pactar el fin de la guerra en Ucrania, ni salvar el matrimonio de Shakira, ni poner a comer en el mismo plato a Biden y a Maduro, ni devolver a la especie humana con el decrecimiento progresivo al romántico fogón de leña a cuyo calor nacieron los mitos. Tal vez las urgencias dictan ahora menesteres más humildes: como remendar el país que destruyó el invierno, retechar las aldeas, reempatar los puentes y reinventar las carreteras. Tal vez le toque dejar para más tarde las nobles tareas del *salvator mundi*. El apocalipsis empieza también por casa como la caridad.

A la llegada de los europeos las tribus estaban enzarzadas en sus propias guerras floridas. Y estos usaron sus disensiones para someterlas. Los conquistadores hicieron el papel de pacificadores salvándolas de sí mismas y podrían asimilarse a una fuerza de paz de las Naciones Unidas de entonces según el tratado de Tordesillas. Y sometido el continente, se entregaron a la tarea de matarse entre ellos con una saña de bestias esmeradas. Carvajal, llamado el demonio de los Andes, ejerció el terror en Perú cuando su padre lo desheredó y lo echó de su casa en Rágame, al volver de Salamanca con una vihuela, un mono y una puta y nada de latines. Ya había hecho esta síntesis esencial de la conquista. Pero no con esta sudadera.

La paz no se decreta. Y atribuir la violencia a la pobreza acaba de joder a los pobres con la mala fama de imperitinentes e intemperantes. Se establecen distinciones demasiado difusas entre el altruismo y el egoísmo. Hay que cambiar los paradigmas. Los que hacen la guerra determinados por una inflamación del ego heroico o una hipertrofia mesiánica del narcisismo son idénticos a los que solo quieren enriquecerse con su asqueroso desorden. Todo gira alrededor del hambre de honores y el miedo de la soledad. No existen crímenes de guerra. El crimen es la guerra.

El desorden que padecemos expresa el fracaso de una educación deprimente, que acrecienta el resentimiento por el pasado o la gula del éxito como horizonte y lee la historia como una suma de calvarios. La educación debería ser estimulante de la admiración por los logros conseguidos por la especie, por lo que nos hemos proporcionado entre todos, siempre un poco a la topa tolontra. La gratitud también se aprende. Anoche estuve viendo por la televisión a Arturo Rubinstein interpretando un concierto de Chopin. Y me dio lástima por mi abuelo melómano, cantor del coro de la iglesia de Envidado, que no pudo darse esa clase de lujos. Porque cómo. ©

# CAMINO A COMFAMA PARQUE ARVÍ



El Parque Comfama Arví está en el corregimiento de Santa Elena, dentro del Parque Regional Ecoturístico Arví. 130.5 hectáreas repletas de bosques naturales, senderos y diversas atracciones al aire libre.

Es muy sencillo llegar. El metrocable te deja justo en la estación Arví, ya allí hay una ruta directa de Comfama, sin costo.

No importa si no eres afiliado a Comfama, hay tarifas especiales para organizaciones, descuentos por grupos o como visitante normal. Todas las personas pueden deleitarse de las atracciones y espacios que ofrece el parque.

Este parque en el que no hay pierde tiene siete puntos inspirados en la forma de las silletas, además de experiencias perfectas como: Aventura Comfama, Volcán, Mina de los valores, Carriquies, Árbol de las buenas historias, juegos al aire libre (arañas, casa en el árbol, comején y saltamontes).

Pero si lo que quieres es naturaleza, no puedes dejar de hacer el recorrido por el bosque. Naturaleza nativa e introducida conforman un ecosistema diverso de fauna y flora: variedades de musgo, orquídeas, bromelias y pinos que albergan mariposas, zarigüeyas, pájaros y abejas.

Este es el lugar perfecto para desconectarse de la rutina y respirar aire puro. Un sitio de encuentro y ocio ideal para la meditación, el movimiento, la creación y la contemplación.



\*Este contenido fue construido por Universo Centro, enmarcado en un reto de trabajo conjunto entre medios alternativos y comunitarios y Comfama.



## Tarifas

Tarifa A	\$2.600
Tarifa B	\$4.400
Tarifa C	Adultos \$11.400 - Niños \$5.700
Tarifa D	Adultos \$19.400 - Niños \$9.700

¿No sabes cuál es tu tarifa?

- TA Afiliados que devengan hasta 2 salarios mínimos legales.
- TB Afiliados que devengan entre 2 y 4 salarios mínimos legales.
- TC Afiliados que devengan más de 4 salarios mínimos legales.
- TD No afiliados a Comfama.

**comfama**

## INCENTIVE

## / INCIENSO



Ya no me acuerdo a cuenta de qué crimen contra mí o contra la audiencia ni en qué mezcla de insomnio y soledad es que había decidido una medianoche que el presidente de RCN tenía que morir. A la madrugada, ya bañado y armado con bastantes cosas que en ciertos contextos podían ser armas, apuré un té con leche y salí en uno de esos carritos solares que ahora te alquila la ciudad, como las bicicletas, y que parecen diseñados expresamente para el crimen. Para facilitarle la vida al criminal. Indistinguibles, intercambiables y propiedad de nadie. Es raro que no se llamen RapiCrime, o CrimiFast, como todo en esta ciudad aspirante a gringa y sin alma. Saqué un CrimiFast y me trepé por la 76 para subir a la Quinta y seguir por la circunvalar. No estaba seguro de que el carrito fuera capaz de trepar, pero trepé. Estaba linda la circunvalar vacía, el aire helado.

No se me ocurrió por el camino por qué no mataba a alguien más. Es decir —pero esto se me ocurre ahora— que si ya estaba dispuesto a chuparme las consecuencias de matar a un pez gordito como ese, de morir en el intento o peor aún de acabar en la cárcel, por qué no mataba de una vez al de la República y de verdad les hacía un favor a mis conciudadanos, o al del Congreso, o al de la Corte Suprema, o al de Pepeganga. Supongo que incluso en ese desamparo inmarcesible en que me hallaba y a pesar del abandono institucional del que había sido víctima toda la vida todavía me consideraba un artista, y por lo tanto me correspondía un asesinato —de tomar por esa ruta— en el campo cultural.

Después de darle dos vueltas al edificio de RCN decidí que una entrada estilo *Matrix* no iba a ser posible con el arsenal que traía en la maleta, casi todo de

repostería, y entonces me colé por una ventana trasera que estaba abierta y que me tiró a un sótano grande casi todo usado como taller de utilería. Entre las hileras de vestidos colgando de perchas y de paredes llenas de cajoncitos vi a un viejo con barba de lana y cara de chivo haciendo inventario. Me le fui callado por detrás y le puse una espátula debajo de la mandíbula. Quieto ahí. El viejo se sobresaltó un poco, pero no se descajeringó: yo lo habían atracado antes, y estaba dispuesto a transar. Le dije que no venía por él, que venía por las vacas gordas, y me miró sin asombro. Casi como si yo no fuera el primer artista vengador que pasaba por su taller. Empecé a decirle algo y los audífonos de balaca que tenía puestos empezaron a alumbrar con luces rojas: disculpe, joven, me toca contestar. Aló. Sí, señora, ya le busco. ¿Bata segura de que el carrito fuera capaz de trepar, pero trepé. Estaba linda la circunvalar vacía, el aire helado.

No se me ocurrió por el camino por qué no mataba a alguien más. Es decir —pero esto se me ocurre ahora— que si ya estaba dispuesto a chuparme las consecuencias de matar a un pez gordito como ese, de morir en el intento o peor aún de acabar en la cárcel, por qué no mataba de una vez al de la República y de verdad les hacía un favor a mis conciudadanos, o al del Congreso, o al de la Corte Suprema, o al de Pepeganga. Supongo que incluso en ese desamparo inmarcesible en que me hallaba y a pesar del abandono institucional del que había sido víctima toda la vida todavía me consideraba un artista, y por lo tanto me correspondía un asesinato —de tomar por esa ruta— en el campo cultural.

siguiente comunicación para boletearme. Me avisa cuando vaya a contestar, le advertí. Yo le aviso, me dijo como con desilusión. ¿Puedo seguir? Siga, siga.

Pasé un buen rato viendo cómo el viejo transformaba una prenda en otra como un mago, pasaba dos telas por la máquina de coser y salía un cuello de guirnalda, pasaba dos mitades de chaleco viejo y salía un corsé del siglo XVIII, y me pareció hermoso ese oficio con limitaciones reales, de la vida real, órdenes, tiempo y medios limitados, como el arte religioso, en el que la concepción corre por cuenta de alguien más y entonces la obra es popular por definición, y solo el obrar es del artista, no la obra, el verbo, la actividad y no el objeto valorable en un mercado, la mercancía.

En esas se oyeron voces de veinte o treinta personas entrando al taller y al segundo entraron veinte o treinta militares como recién llegados de una batalla. El viejo me miró esta vez casi con rabia, como regañándome. Le hice gesto de ni una palabra, cucho, mientras sentía que se me iban el aire y la sangre y las ideas, y entonces me miró con desespero. Saludó a los *volvientes* del combate, cómo les fue jóvenes, y empezó a recibirles los fusiles de juguete y ponerlos en una canasta. Entre ellos venía uno vestido de gomelo que podía ser el galán o el jefe paraco, y que me saludó en argentino. Che, Nico, cómo andás. Le hice cejas pero no las vio, siguió de largo rodeado de sus huestes y se sentaron en una terraza ahora soleada con juguitos de cartón. El viejo me preguntó: ¿viene por él?, él es buena gente. No, no, le dije, a ese lo conocí el otro día en una fiesta en el Odeón, ¿cómo es que se llama? Víctor Eualde, dijo el viejo. Ah, sí, Eualde, dije y al decirlo se me vino la imagen del argentino metiéndose en el baño del Odeón con Camila

la de la cineoteca, y pensé que en realidad también podría matarlo a él, también servía.

—Oiga, Eualde —le dijo uno de los soldados victoriosos con el pitillo del jugo entre la boca—, yo con usted tengo una cuenta pendiente.

Eualde lo miró como un cura, como si le dijera a ver, hermano, qué pesa sobre tu pecho.

—Es que yo lo vi el otro día en la ceremonia de su nacionalización, y cuando le preguntaron en qué ciudad de Colombia quería quedar registrado, usted dijo que en Tumaco.

—Y sí, boludo, es que yo me siento de Tumaco —explicó el argentino con una mano en el pecho.

—Pero usted es blanco como una luna, papito —arguyó sonriendo el soldado, que era negro como un sol.

—Y, bueno, todos somos de un color, ¿no? Pero justo de eso se trata la renacionalización, es decir, si uno puede elegir de qué país quiere ser, me parece natural que deba poder elegir también de qué ciudad —explicó el argentino.

—¿Pero alguna vez ha estado en Tumaco? —preguntó el soldado más entrenado que ofendido.

—Y bueno, che, estar, de algún modo he estado, quizás no presencial, pero espiritualmente yo siempre estoy en Tumaco, estoy con la gente de Tumaco, si querés.

El soldado miró con asombro que los demás asentían interesados por el argumento espiritual y soltó una carcajada a manera de rendición.

—¿Y vos, Nico, qué hacés acá? —me preguntó girándose Eualde.

—Ya me iba —le dije guardando mi espátula y mirando al viejo.

—Bueno, mañana entonces vemos qué dicen en producción y seguimos pensando —me rescató el viejo.

—Ah, vale, gracias —le dije y solo cuando oí las risas de los soldados me di cuenta que había salido por la misma ventana por la que había entrado.

En la esquina de la 24 saqué otro CrimiFast y me volví a trepar a la circunvalar, hacia el otro lado. Ya había bastantes carros y la mañana había perdido su calidad literaria, y entonces asomé una pierna por la puerta del CrimiFast y me fui rozando el pavimento con la suela a lo largo de las curvas lentas. En una parte había una construcción al borde de la calle con unas vallas de lata salidas que me habrían rebanao un pie si lo meto debajo, y guardé la pierna en el carro furioso conmigo mismo. Qué estoy haciendo, pensé, qué putas estoy haciendo.

Al llegar a la bajada de la calle 59 decidí bajarme por ahí, donde parecía haber menos tráfico. La calle es muy empinada y tuve que apretar tan duro el freno para no ganar velocidad que pensé que se iba a romper. Al llegar a la Séptima no nos dejaron doblar porque había ciclovía, y en la Décima tampoco, no sé por qué. Había una valla. Pensé doblo por la 13, y cuando ahí también había policía cerrando el paso me asusté: el barrio que seguía era literalmente el barrio de mis pesadillas, en el que me habían atracado varias veces en la vida real y muchas veces más en los sueños. Es una de esas calles que la ciudad ya le regaló al crimen, de las que ya nadie trata de salvar. Los atracadores que trabajan ahí saben adivinar por qué lado vas a tomar, y te alcanzan caminando aunque corras. Nunca se exaltan, siempre van tranquilos en sus chaquetas de cuero. No sacan cuchillo, no quieren tu billetera. Quieren charlar. Quieren preguntarte cosas, empiezan con qué haces ahí solita por el bosque y cuando te dicen eso te sonríen. Entonces te ofrecen

ayudas, te dicen que si estás perdido te sacan del barrio, que si tienes sed te llevan a tomar algo. Cuando los rechazas se ríen y siguen caminándote detrás, te dicen que no estés nervioso. Entonces te señalan una tienda de ropa, una librería: en esa hay cidis baratos, ¿está buscando cidis? Tampoco puedes rechazarlos mucho porque entonces les cambia la cara: ¿me vio cara de ladrón o qué? Y ya no sonríen. Te disculpas, te tienes que disculpar, dices que no, que vas apurado, estresado. Entonces sonríen otra vez, mientras caminan a tu lado para donde sea que vayas, en cualquier dirección, y ahí te susurran: ¿quiere chicas?

A metros de la 18, donde empieza el infierno ese, clavé el acelerador del CrimiFast dispuesto a pasar en rojo, y el carro se me bloqueó. Desaceleré en vez de acelerar y se orilló en el andén sin que yo lo maniobrara. Se prendió una luz roja en el tablero que decía Límite de área. Y entonces, una voz: has llegado al límite de área. Metí reversa para dar la vuelta, ya veía a los enchaquetados desde lejos. Has llegado al límite de tiempo, sal del vehículo. ¡Hijueputa!, le grité al robot. Saqué el celular para comprar otra media hora. Estaba muerto. La puerta del CrimiFast se abrió sola.

Los policías ya habían acordonado la calle detrás de mí y no estaban dejando pasar gente, y entonces hice lo que ya había hecho un par de veces en la vida real y cientos de veces en sueños cuando por error desembocaba en esa calle: correr. Corriendo a todo pulmón no hay lugar para que te charlen los enchaquetados, te pueden ver el miedo en la cara pero también saben que sabes quiénes son y dónde estás. Corrí como tres calles en subida, los pantalones se me escurrieron y tenía que agarrarlos por el cinturón para tenerlos arriba. Corría a lo que

me daban las piernas y aunque no podía evitar mirar a los lados en busca de enchaquetados, no los vi; por lo menos no a uno cerrándome el camino, que era lo que me daba miedo. La siguiente calle estaba llena de árboles y la sombra me alivió, pero no dejé de correr. Incluso era lindo, el barrio, con casitas de ladrillo y tejas rojas.

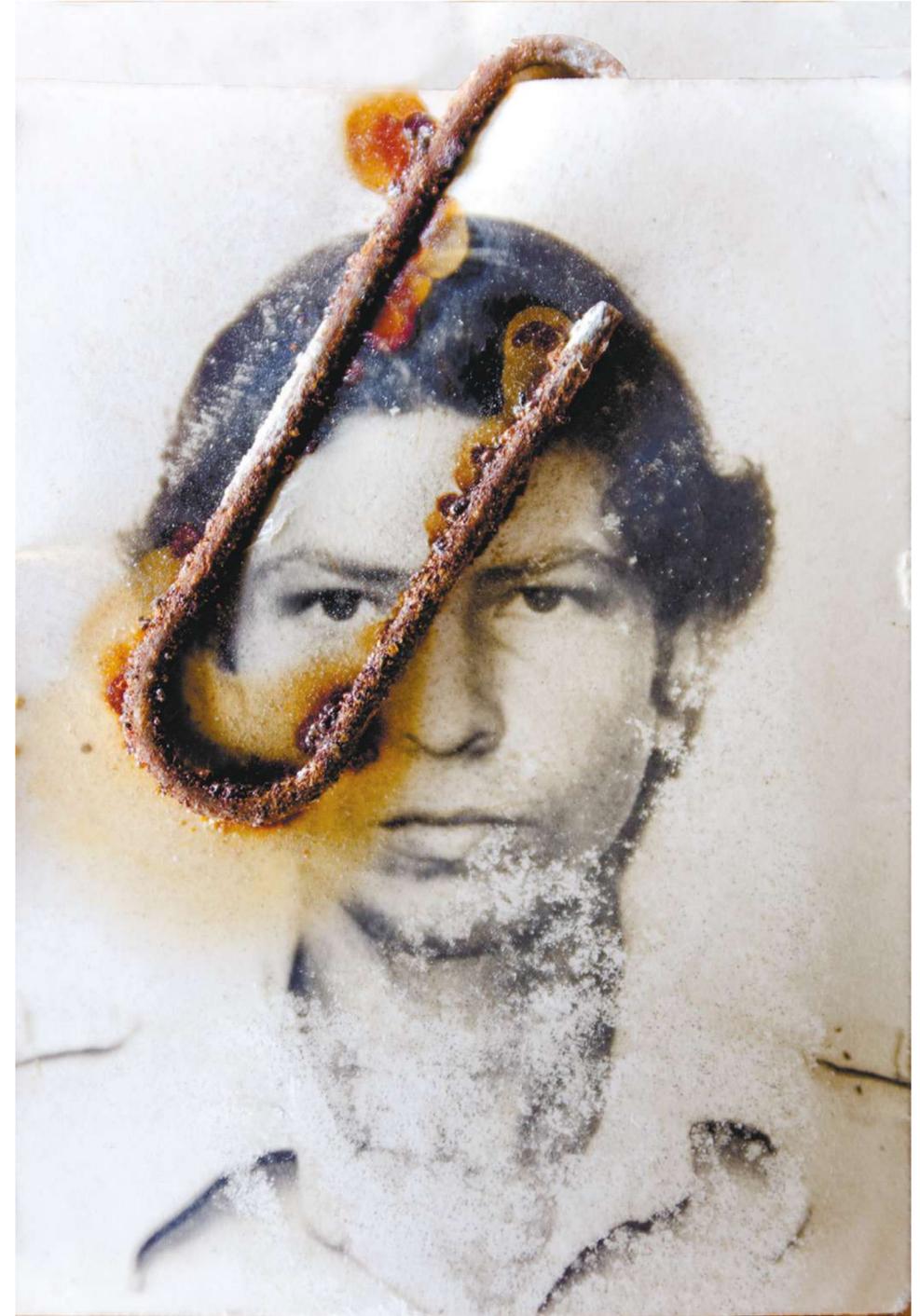
¡Oiga!, me gritaron, ¡gomelo! Miré al piso y seguí corriendo, aunque me di cuenta que corría hacia la voz. ¡Oiga! Miré arriba y encontré a un niño subido en una plaza alta que bordeaba la calle inclinada en escalón. Un niño con una hoja de papel. ¿Qué quiere decir *incent*?, me gritó entre desesperado y risueño mientras me veía venir subiendo. Detrás de mí aparecieron tres mujeres corriendo también, pisándome los talones. Una tenía un saco amarrado a la cintura y me sorprendió verles ropa deportiva, estaban haciendo deporte. ¡Oiga, mona!, le gritó el niño a la mujer del saco y volteamos a mirarnos al tiempo. Aguantaba. Pensé que de pronto el barrio había cambiado desde la última vez que estuve, o de otro modo no habría gomelas haciendo *jogging* por ahí. Tampoco ellas le respondían al niño ni paraban de trotar, y entonces se me ocurrió que habían salido las tres para acompañarse un poco, que el barrio se habría saneado pero no era para arriesgarse.

¿Qué quiere decir *incent*?, gritaba el niño ya descreído de que siguiéramos ignorándolo estando tan cerca. Lo teníamos encima, parado en el borde del muro con el papel en la mano. Entonces la mujer disminuyó la velocidad y girándose le sonrió: ¿*incent*? El niño bufó frustrado, y revisó el papel: *incent*, *incent*. La mujer miró a sus amigas y le dijo: ¿puede ser iniciativa, incentivo?, no sé. Obvio que no, le dijo la amiga. El niño estaba confundido, me miró a mí.

¿No será *incent*?, le dije yo alternando miradas con la mujer del saco amarrado que ya de cerca resultó ser una mamamita importante. Ah, puede ser, me dijo, ya trotando al lado mío, sonriéndome, y se giró y le gritó al niño: ¿es *incent* con s??. ¡Que sí!, gritó el niño con desespero. ¡Significa incienso! ¿Qué? ¡Incienso!, le grité yo, el palito ese que prenden para que huelan rico. Ah..., dijo el niño no muy convencido, y se fue.

La mujer me sonrió como invitándome a hablar, trotando los dos lado a lado. Qué putas, le dije. Tarea de inglés, me contestó con sonrisita inteligente de película, no creo que en este barrio tengan mucha gente que habla inglés a quien preguntarle. ¿Y entonces salen a la calle a buscar gomelos?, le pregunté. Es que aquí al lado ya empieza Chapinero, explicó. Ah, le dije.

Trotamos un rato juntos aunque no estábamos haciendo lo mismo, ella trotaba por deporte y yo corría por mi vida, y sin embargo nos veíamos igual. Yo pensé que de pronto ella había pensado que yo también había salido a trotar, pero yo iba en *jeans* y saco de lana, y tenía que tenerme los pantalones para que no se cayeran. Al rato me señaló un grafiti azul en la pared. ¿Sabes de quién es ese? No sabía. Lo miré un buen rato y pensé que debía saberlo, seguro era de algún grafitero conocido, pero no lo supe. Le hice que no. Ella me sonrió como diciendo ah, entonces nada. Y yo seguía trotándole al lado, con las amigas detrás, pensando que no quería que se acabara ese juego improvisado entre los dos, que quería seguir jugando. ©



**Pablo Mora**  
*Sin título*  
Fotografía  
2014

Los últimos 170 años de nuestra historia huelen a café. Una droga, la cafeína, fue nuestra carta de presentación en el exterior cuando el siglo XIX apagaba la luz. Quinientas mil familias cafeteras marcan nuestra cultura más allá de Juan Valdez y Gaviota.

## De la greca al americano

por  
JUANGUI ROMERO

• Fotografías de  
Juan Fernando Ospina

Un recuerdo de infancia: son los primeros años de la década del ochenta. Tengo siete, ocho o nueve años, da lo mismo. Son las cinco de la mañana de cualquier día de la semana y aunque estoy muy tranquilo en la cama (mi jornada escolar comienza al mediodía), hace rato que mis ojos andan abiertos, el agite de la casa me hizo un madrugador. Tengo al lado uno de mis juguetes favoritos de siempre, un pequeño radio en el que muevo la perilla de las emisoras de aquí para allá, tratando de zafarme de los chirridos de la máquina de moler que salen de la cocina, mi mamá está haciendo las arepas. Mi papá hace rato está afuera, limpiando su camión Ford 56, parqueado frente a la casa, preparándolo todo para el siguiente viaje. De pronto, su voz se suma a mi banda sonora. A través de la ventana lo oigo saludarse con don Roberto y con don Félix, dos amigos suyos, también conductores como él, pero dedicados solo a la zona urbana. Ellos son los primeros en llegar para oírle los detalles de sus últimas aventuras de carretera. Unos minutos después, los nudillos de la mano derecha de mi padre golpean el vidrio que está sobre la cabecera de mi cama, la señal que antecede la orden que me obligará a soltarme de la cobija y, peor aún, a convertirme en un torpe mesero: “Dígale a su mamá que vaya haciendo tinto pa todos”.

Así, a regañadientes y todavía a oscuras, traslado entonces desde la cocina hasta la acera de la casa, en medio de un andar lento y tembloroso, dos, cuatro, seis pocillos blancos decorados con una pequeña rosa en cada lado, rebosantes de ese humeante líquido negro que tantas veces me quemó las manos. Dulces quezones que alivio con mi lengua porque es café hecho en aguapanela. Primero llevo los tintos para don Félix, don Roberto y mi papá. Después, dos o tres más para los otros vecinos que se unen a la tempranera conversa: Martín, el sastre; don Gerardo, el relojero y Machete, el mariguanero más famoso del barrio, trasnochador eterno hasta que lo mataron, y quien solía recibirme de rodillas y santiguarse tras beber el primer sorbo.

Estas son las primeras imágenes que guardo de mi relación con el café, ¿cuáles son las tuyas? Anímese a responder porque muy probablemente esta sea la pregunta que le hagan de entrada nuestros nuevos emprendedores cafeteros



cuando asista a un recorrido pensado para promover los cafés de origen. Actividades coordinadas y atendidas casi siempre por personas muy jóvenes que nunca se cansan de preguntar por qué si Colombia es el país de los cafés suaves, siempre hemos tomado uno de baja calidad —de muy baja calidad—, y la mayoría de las veces, mal preparado o en presentaciones muy básicas.

Las formas de lucha de esta nueva generación cafetera son muy variadas: algunos montan el “típico café”,

ese lugar que la RAE define como el establecimiento donde se vende y toma café y otras consumiciones, pero siempre apostándole a que no sea tan típico, a que tenga una atmósfera prefabricada, con una promesa que haga sentir a los clientes como integrantes de una especie de movimiento. Unos sitios donde se describen a través de sugerentes nombres las novedosas presentaciones de sus cafés, calientes y fríos, así como la gran variedad de cocules y postres.

Pero estos lugares muchas veces son apenas la punta del iceberg de toda una estrategia de comunicaciones que puede incluir recorridos temáticos, conferencias en vivo o virtuales, catas de café asociadas a marcas locales, cursos, concursos, incursiones espontáneas o sistemáticas en forma de *youtubers* o *influencers*, publicaciones físicas o en las redes sociales donde se cuentan datos biográficos del campesino que produjo el café o la historia de vida de algún empleado del proyecto o la del cliente más



fiel e, incluso, la de la mascota de cualquiera de ellos.

Todo, apuntándole, como todos solemos hacerlo con nuestros trabajos, a poder patrocinarlos un estilo de vida, que en su caso adquiere ciertos aires de activismo al soportarse en tres grandes premisas: reivindicar con nombre propio y de manera justa el trabajo de los campesinos que *ad portas* de la hecatombe ambiental se atreven a producir café orgánico o sin químicos. Liberarnos de ese símbolo de la vida acelerada, el café instantáneo, patentado según Wikipedia en 1881 por el francés Alphonse Allais y perfeccionado y popularizado en 1938 por Nestlé. Y, por último, conseguir que como habitantes de un país cafetero, (del país cafetero por excelencia, según los narradores de fútbol o de ciclismo, los de aquí y los de afuera) nos familiaricemos, por fin y de una buena vez, con la variada oferta de sabores y recetas que puede protagonizar este famoso grano. En su jerga la palabra tinto es un anacronismo, lo suyo es el americano o el expreso, tampoco dicen café con leche sino *latte*.

Ellos configuran la otra punta de esa línea de tiempo que en la historia de nuestro país empezó a escribirse desde mediados del siglo XIX, cuando según los estudiosos del tema entraron a estas tierras las primeras plantas de

café por Cúcuta y otra localidad vecina llamada Salazar de las Palmas. Así lo cuenta Marco Palacios en su libro *El Café en Colombia, 1850-1970, una historia social, económica y política*, al referenciar una carta que le envió Simón Bolívar a José Antonio Páez. Alvaro Tiro Mejiá, otro historiador y economista agrícola, para más precisión, señala en el libro de los noventa años de la Federación Nacional de Cafeteros que en 1856 José Manuel Restrepo y otros políticos como Mariano Ospina Rodríguez escribieron diversos textos en los que se promovía la siembra de café como un acto patriótico. Cuenta, incluso, que en Bucaramanga hubo un obispo de

apellido Romero que imponía a los feligreses sembrar una cantidad de cafetos acorde con la gravedad de los pecados.

Desde entonces han transcurrido casi dos siglos durante los cuales cinco generaciones de colombianos han ganado su sustento o hicieron (o perdieron) su capital a través del cultivo del café, de su transporte o de su comercialización a distintas escalas. La economía y la política del país se han definido en buena medida a partir de este grano, porque un día nos atrevimos a modificar nuestra geografía agreste para conseguir llevarlo hasta los puertos que nos permitieran exportarlo gracias al ferrocarril, el relevo de nuestras invaluable mulitas. Aunque todavía estas siguen cargando los dos costales con los 125 kilos que hacen una carga en muchos lugares de Colombia y también en los sitios de ventas de artesanías. Allí, hace rato las miniaturizaron fundidas a unos costalitos de cabuya, marcados con esas tres palabras que aún hoy recorren el mundo: Café de Colombia. Unos retazos de la colcha cafetera que incluyó por muchos años el cultivo y la trenzada de la penca de fique, desplazada por los empaques de fibra.

Los últimos 170 años de nuestra historia huelen a café. Ningún otro producto ha incidido tanto en el poblamiento de este territorio. Una droga, la cafeína, fue nuestra carta de presentación en el exterior junto con la nicotina del tabaco que también exportábamos por entonces. Porque así era como se veía el café en todo el mundo, como una droga sobria que animaba la conversación y que a diferencia de los licores activaba la lucidez, hasta alcanzar niveles extremos, como seguramente lo experimentó Honoré de Balzac cuando escribió: “(...) He descubierto un método horrible, más bien brutal que solo recomiendo a los hombres de vigor excepcional. Se trata de utilizar café finamente pulverizado y denso, frío y seco, consumido con el estómago vacío. Ese café cae en el estómago y brutaliza esos hermosos tapices

estomacales (...) y provoca chispas que van a dar hasta el cerebro. A partir de ese momento, todo se agita. Las ideas se ponen pronto en movimiento como batallones de un gran ejército hacia su legendario campo de batalla y el combate es encarnizado. Los recuerdos cargan con los brillantes estandartes en alto; la caballería de metáforas despliega un magnífico galope, la artillería de la lógica corre por traqueteantes carreteras, a las órdenes de la imaginación; los tiradores de primera apuntan y disparan; las formas, las figuras y los caracteres se yerguen y la tinta se esparce sobre el papel, pues la labor nocturna empieza y termina con torres de esa negra agua”.

Una droga para inspirarse y para la conversación... ¿Qué otra presentación podría pedirse para un producto proyectado para incorporarse en la rutina de las sociedades industriales y posindustriales? Algo rastreable, por ejemplo, en la creación de la *coffee house*, un invento inglés de mediados del siglo XVII. Ese escenario que viajando en el tiempo podemos intuir si fijamos nuestra mirada en las nunca bien ponderadas grecas. Esas torres niqueladas que desde hace aproximadamente un siglo nos han mirado a todos desde el fondo de nuestros cafés, cafeterías, tiendas, cantinas, bares y billares. Esas cápsulas con aires de prototipos robóticos que se levantan en un pequeño altar hindú a la criolla, decorado por los platos y pocillos florecidos que cuelgan a su alrededor, siempre prestas a reponer los ánimos y la lucidez de quienes beben sus aguas negras.

Porque gracias a estas grecas públicas, el café (el tinto) ha sido, es y seguirá siendo esa droga que se dosifica a lo largo del día, antes de pasar a los licores de la noche, tal como lo sugiere esta noticia emitida por el radioperiódico Clarín en 1960. En ella, a pesar de referirse a una posible separación entre el licor y el café, el apunte no termina siendo más que una ridícula intriga de unos terceros que no logró hacerle cosquillas a una pareja tan bien avenida como esta.

“Algunas cantinas del centro han adoptado una extraña política al cancelar la venta de tinto después de las cinco de la tarde con el objeto de conseguir que los clientes consuman licor. Algunos consumidores de tinto en estos establecimientos han dicho que es tan malo que no lo debieran vender en ningún momento”.

La Bastilla, La Viña, Pilsen, Bristol, Victoria, Zepelin, Nevado, el Perro Negro o El Málaga (fundado en 1957 y aún activo) son los nombres de algunos cafés legendarios de Medellín que aparecieron a salto de mata al revisar los textos que hablan de las vejeces de esta ciudad. Esos lugares donde muy seguramente se oyó a Gardel definirlos a la perfección en su *Melodía de arrabal*:

Cuna de tauras y cantores,  
de broncas y entreveros,  
de todos mis amores.

No se puede discutir, los cafés como espacios de socialización le han permitido al sexo masculino; sí, sobre todo a los hombres, sentirse parte del rebaño y hacerse oír al comentar cualquier cosa, cerrar un negocio, inventarse un poema o una novela, cuestionar al gobierno de turno, levantar o destruir a los ídolos deportivos, escuchar las músicas favoritas o simplemente hacer la pausa laboral y recargar las baterías.

Digo hombres, porque para las mujeres estaba el salón de té. En nuestro caso, solo para muy, muy pocas. Escribo esto, bebo un sorbo de café bien caliente y emulando a Balzac, mi cerebro me lleva de inmediato a recordar el júbilo que solía caracterizar el improvisado café que mi padre tomaba todas las mañanas con sus amigos junto a su camión. Mientras que mi madre (muerta para que usted se sintonece todavía más con lo que sigue) no solo lo preparaba,

sino que debía beberse el suyo en la soledad de la cocina. Piense, por ejemplo, en las apuradas pausas laborales de las enfermeras (reconocidas tomadoras de café) y de tantas otras operarias de fábricas para que concluya conmigo (sé que no descubrió nada) que los privilegios laborales han sido muy distintos para hombres y mujeres, tal como lo sugiere esta otra noticia del radioperiódico Clarín de 1962. Porque hasta de esto nos pone a hablar el café, una prueba más de su incidencia en nuestra manera de cohabitar esta tierra: “Se quejan que los jueces de instrucción criminal trabajan poco y toman mucho tinto al frente de la Gobernación”.

La única venganza de mi mamá, ignorante de aquella injusticia, consistía en llamar chapoleros a los amigos de mi padre. “Juan, levántese que llegaron los chapoleros de su papá para que vaya y les lleve el tinto, que yo no voy a salir así” o “fíjese si ya se fueron los chapoleros, a ver si puedo salir a barrer la acera”. Supongo que me aburría tanto el rol de mesero en aquellas escenas que nunca le pregunté por qué les decía así. Como buen uribolista que soy, no me da vergüenza confesar que esta palabra cobró para mí toda su dimensión cuando recién había cumplido los veinte años, por cuenta de la telenovela *Café, con aroma de mujer*, emitida en su versión original en 1994.

En la hacienda de mi amor,  
mi madre fue chapolera.

De la zona cafetera,  
una mariposa en flor.  
De todas, la más hermosa.  
Por eso un día su patrón  
al verla se enamoró  
y quiso hacerla su esposa.

Estas son las dos primeras estrofas de la canción titulada *Chapolera*, parte de la banda sonora de este exitoso culebrón. Su mejor resumen, porque tal como lo definió el crítico de televisión Omar Rincón, una telenovela consta de doscientos capítulos, en los que todo gira alrededor de dos grandes noticias: cuando los protagonistas se conocen en el primero y cuando se juntan en el último. Gaviota (Margarita Rosa de Francisco) ha sido la chapolera más famosa de nuestro país. Y también la más artificial. Su triple salto mortal de los cafetales a una gran empresa exportadora es a todas luces una jugada más de la famosa mano del guionista. Esa idealización que desde tiempo atrás había convertido a las mujeres que se dedican a este oficio en una suerte de *souvenir*, como ya lo había hecho Jorge Robledo Ortiz en su *Romance de las chapoleras*.

Hacen parte del paisaje.  
Su corpiño de zaraza,  
su escapulario del Carmen,  
sus pequeñas alpargatas...

Y la cocha campesina,  
que a media voz desgranada  
hace temblar a los arrieros  
que dominan la montaña.

Una mirada que ha alcanzado incluso para borrar a sus colegas masculinos, olvidándose de los avatares que supone para unos y otras recorrer los húmedos cafetales, presionados por unas metas diarias y conviviendo entre desconocidos. “Me cansé de pasar de una olla a otra, por eso me vine para Medellín”, me dice don Guillermo Carmona, un veterano chapolero de 57 años, a quien le chispean los ojos cuando me habla del microtráfico y la inseguridad que hoy revoletea en muchas zonas cafeteras durante las temporadas de cosecha. El ambiente que lo llevó a aceptar vía Facebook, gracias a la mediación de su hijo, un trabajo como el único recolector de Las Acacias. Una pequeña finca del corregimiento Altavista, donde hay sembrados nueve mil palos de café; los más antiguos, tipo pajarito.

“Yo aquí recojo cien, 150 kilos al día, cuando la cosecha está a todo vapor. Porque hay gente que sí recoge

cuatrocientos, quinientos, seiscientos kilos y hasta más, pero eso es o con oraciones malas, con pactos con el diablo o untándose azogue (el nombre popular que se le da al mercurio en las zonas mineras). Pero todo eso seca los cafetales, los acaba". Lo oigo soltarme estos datos, así como así, y ahora son mis ojos los que chispean. Don Guillermo, está feliz de haberme atrapado, sonrío como si acabara de contar un excelente chiste. Olga Medina, su actual patrona, no luce tan sorprendida. Ella es una mujer de 47 años, que regresó hace muy poco de España, después de chapolear allí durante más de veinte años, pero en asuntos de hostelería. Regresó para tomar las riendas de la finca familiar que hoy la tiene, junto a su hermano Fernando, soñando con tostar por un futuro cercano el café que le ayuda a recoger don Guillermo y poder dinamizar su propia marca y, por qué no, comercializarlo en un acogedor café, para poner en práctica todo lo que aprendió cuando estuvo por fuera del país.

"Juan, yo le dije que voy paso a paso", es lo que me comenta ella, muy orgullosa cuando la felicitan por la buena calidad del café que ha traído en el Renault 9 del Mono, el chivero que la mueve para todos lados. Tres días después de visitarla en la finca, Olga y yo nos citamos en Coffee Express, el rimbombante nombre de una pequeña cafetería ubicada en Tenerife, en la esquina del parqueadero El Galante, en un sector del centro de Medellín dedicado a la comercialización de reciclaje. Pero Coffee Express no es una cafetería cualquiera, por más que así lo sugieran las mesas y las sillas Rimax de la entrada, o la vitrina repleta de empanadas, pasteles y otros fritos, o los trabajadores de la zona amontonados delante del televisor, viendo los partidos del mundial. A unos pasos de la entrada, en un pequeño espacio de apenas seis metros cuadrados hay una suerte de barricada hecha de costales llenitos de café. Los hay de todas las calidades: la famosa pasilla que por años y años hemos bebido los colombianos (en aguapanela o en agua) y también otros muy buenos, como el que cultiva Olga.

Sí, Coffee Express es una compra de café con cafetería a bordo o al revés, da igual. Hasta allí, cualquier día de la semana, sobre todo en las mañanas, llegan pequeños productores de café procedentes de zonas rurales de Medellín y de otros municipios del Área Metropolitana. Algunos llegan con uno, dos o tres costales repletos y otros con una bolsita de unos cuantos kilos para hacerse al dinero que les permita resolver la necesidad de turno. Algunos como Olga sacan los celulares para chequear cuál es el precio que está pagando la Federación y comprobar que les reconozcan esos pesos de más que se derivan de haberlo lavado, secado y es cogido con sumo rigor; otros ni se fijan cuando analizan la pequeña muestra que determinará el precio final. Esa cifra que todos acuerdan con Sergio Villa, un hombre de unos 35 años, con facciones marroquíes (la incidencia del mundial), que antes de montar este negocio trabajaba como comprador de café de la Cooperativa de Cafeteros de Antioquia, el lugar donde hizo sus prácticas como estudiante de Administración. Como él mismo lo repite: "Antes, no sabía nada de café".

A Sergio lo conocí por recomendación de Jorge Escobar, amigo de un amigo que me dijo que este era un empecinado por tomarse un buen café. Y en efecto, Jorge va religiosamente a Coffee Express para comprar el café para su familia. Lo selecciona aún más junto a su hijo adolescente, lo tuesta en la que fuera la olla a presión de soltera de su esposa, y lo muele en un pequeño molino que compró en San Alejo, al que él mismo le organizó "las muelas" para no

triturar el grano más de la cuenta. Finalmente lo prepara con temporizador y termómetro, en una prensa francesa o en una cafetera italiana.

Cuando le pregunté si lo suyo era esnobismo su respuesta fue más que contundente: Jorge tuvo un tío que trabajó en las bodegas de la Federación Nacional de Cafeteros, al que visitaba de niño cada semana para recoger una bolsa de cinco kilos de café de exportación que este le enviaba a su madre; un privilegio que lo acostumbró a ese buen olor y sabor que solo hace poco ha empezado a rescatar. Una historia que mágicamente ocurría a unos pasos de Coffee Express, porque muy cerca de donde hoy está la biblioteca de EPM quedaban las bodegas de la Federación donde los costales cafeteros se contaban por miles. Unas montañas que Jorge recuerda trepar de niño una y otra vez, antes de que los empujaran en los vagones del tren que los llevaría al exterior. Ese es su primer recuerdo del café.

Una evidencia más del largo camino que ha seguido este grano en nuestra ciudad. Porque, aunque usted no lo crea, Medellín ha tenido una gran tradición cafetera. Aquí, por ejemplo, estaba

la Hacienda Media Luna, una de las primeras haciendas cafeteras del país, la cédula 003 de la Federación Nacional. Una construcción que data de 1853, ubicada en el sector que lleva este nombre en la ruta Medellín-Santa Elena. Una finca cuyos límites llegaban en un principio hasta lo que hoy conocemos como Las Mellizas. Su hermosa casa, perfectamente conservada, es hoy una residencia artística conocida como Campos de Gutiérrez, un mágico lugar donde el café todavía es protagonista.

¿Qué cuáles son mis imágenes más recientes en torno al café? Recorro esta inmensa construcción colonial. Sus dos niveles son de tapia, los pisos de madera. Las paredes son blancas; las chambranas de sus balcones y las columnas, rojo colonial y las ventanas y las puertas, caoba (las únicas tres tonalidades de pintura que existían por entonces). Los corredores tienen una ligera inclinación para que el café se seque mejor, un gran adelanto para la época, supongo. En el primer piso hay un grupo de extranjeros que prueba los cafés que hoy por hoy se producen en la casa. Esteban Monzón, un integrante de la quinta generación

de esta familia, sigue experimentando con este grano.

El es uno de los nuevos emprendedores cafeteros que nos ayudará a liberarnos de la pasilla saborizada que hoy consumimos. Unos cafés se secan en sus propias mieles; en otro lado hay unos granos que parecen dormir plácidamente en un invernadero que está dentro de otro invernadero; más allá, las cáscaras también se secan sin ningún afán, porque a partir de estas se produce un delicioso té. Todo transcurre al ritmo centenario de la casa. En la finca solo hay sembrados seis mil palos de café, dos chapleros son más que suficientes para cosecharlos. En los archivos de la casa se conserva una antigua foto donde aparecen 37, los imagino a todos metidos entre los cafetales, escuchando descalzos esos árboles cargados de pequeños granos, amontonados como las casas que ahora ocupan esos terrenos: los barrios La Sierra, Caicedo, Juan Pablo II, Buenos Aires... Y usted, amable lector, ¿cuál es su imagen más reciente en relación con el café? ☺

\*Este texto hace parte de El Poder de la Cultura.



Juntos  
hacemos  
empresa

CAMARA DE COMERCIO®  
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Del contexto de país y ciudad en que se instaló el alumbrado sin luces en la Medellín de 1992 a la idea que, desde 2013, lo llevó a viajar por los municipios de Antioquia.

## Breve historia de dos hitos del alumbrado navideño

Si coincidimos en que la Navidad es luz y explosión de colores, ¿cómo diseñar un alumbrado que no requiera el uso de energía eléctrica?

La pregunta parece una contradicción en sí misma, pero rondaba los pasillos de EPM hace 30 años. Era junio de 1992 y el país atravesaba un racionamiento energético por cuenta del Fenómeno de El Niño. Con los ciudadanos enfrentados a cortes de electricidad y a la hora Gaviria, que adelantó los relojes para aprovechar más la luz del día antes del apagón, era imposible una fiesta con miles de bombillas encendidas.

Al ingeniero y pintor Carlos Arturo Díaz, que para ese entonces era jefe de la Sección Social y de Promoción de EPM, esa tarea le daba vueltas en la cabeza. En las noches soñaba con caballos y con antorchas, y en el día plasmaba dibujos con instalaciones que iban desde el teatro Pablo Tobón Uribe, en la avenida La Playa, hasta la plaza de Botero en las

inmediaciones del Museo de Antioquia. La premisa era que el "alumbrado" no podía tener ningún elemento eléctrico.

"Yo me inspiré en los elementos tradicionales de decoración navideña en las casas. La idea era jugar con la repetición de esos elementos y que abrazaran las calles. Al principio la propuesta era muy onírica, con caballos, pero luego fue aterrizando y básicamente eran campanas y coronas en gran formato y un camino de antorchas que todas las noches eran prendidas por un batallón de zanqueros".

Por esta necesidad de hacer algo distinto por la contingencia energética, llegaron desde Estados Unidos las primeras guirnalda gigantes. También en 1992 se montó el taller en el que 50 mujeres empezaron a darle forma a esa propuesta con los elementos que se conseguían en las peleterías y papelerías de la ciudad. Ahí nació el programa Tejedoras de luz que desde entonces le pone filigrana de artesanas y costureras a las instalaciones.



## Viajar con los alumbrados

En 2013, 21 años después del racionamiento energético, EPM moldeó otra idea que se mantiene vigente y que cumple 10 años: llevar alumbrados navideños a municipios de Antioquia por fuera del Valle de Aburrá.

Esta estrategia se denomina Encendamos la alegría, un concurso en el que participan los municipios donde EPM presta el servicio de energía y que reparte kits de alumbrado que incluyen diseño y fabricación de los elementos decorativos, la instalación, el desmonte y hasta el consumo de electricidad que implica.

Verónica Álvarez García, líder del concurso Encendamos la alegría, cuenta que el objetivo principal del programa es "propiciar espacios de encuentro en los municipios y congrega familias alrededor de la luz y de la magia de la Navidad".

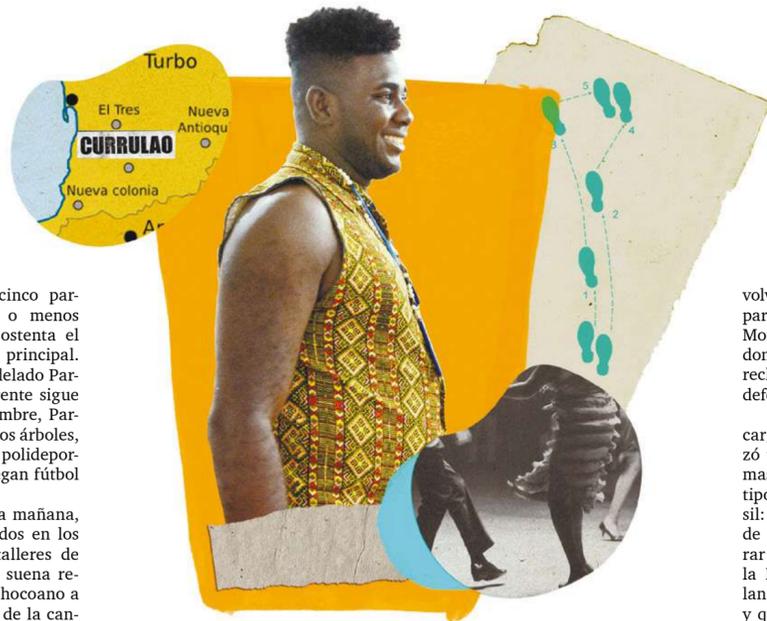
Este 2022 fueron 26 kits navideños que se entregaron en las nueve subregiones de Antioquia con prioridad en los doce municipios del área de influencia de Hidroituango. También tienen alumbrados navideños de EPM corregimientos como Puerto Valdivia y el Valle de Toledo y cuatro municipios del Bajo Cauca. Todos los alumbrados de los municipios ganadores del concurso estarán encendidos hasta el 9 de enero.

Cuando tenía 17 años y llevaba casi una década combatiendo con los paramilitares, Elimelec Núñez cambió el fusil por la danza. Dejó las botas pantaneras. Su historia hace parte de la serie de crónicas sobre conflicto armado y masculinidades publicadas en el informe final de la Comisión de la Verdad. Otros conflictos, otros hombres posibles.

# EL HOMBRE QUE DANZA

por ESTEFANÍA CARVAJAL

• Ilustraciones del archivo de la Comisión de la Verdad



En Apartadó hay cinco parques, todos más o menos iguales: ninguno ostenta el título de parque principal. En el recién remodelado Parque de los Artistas, que la gente sigue llamando por su antiguo nombre, Parque de los Bomberos, hay pocos árboles, mucho asfalto y una cancha polideportiva en la que a esta hora juegan fútbol unos niños.

Aunque son las diez de la mañana, ya hay varios picós encendidos en los negocios aledaños: en los talleres de mecánica y tiendas de ropa suena reguetón, vallenato y exótico chocoano a todo volumen. A unos pasos de la cancha está la Ciudadela Educativa y Cultural Puerta del Sol, un espacio público con una oferta variada de clases de música, teatro y danza.

El salón de Elimelec Núñez queda al fondo de la Ciudadela, escondido detrás de una puerta difícil de encontrar para el que no conozca. Las personas que él se encuentra camino al salón —unos transeúntes, la portera y un par de funcionarios— lo saludan con efusividad y lo llaman Profe.

Elimelec me muestra el salón de danza y me explica que aún faltan cosas por hacer: casi todos los espejos se quebraron y no han tenido presupuesto para instalar las barras. Como no hay ventanas, la única forma de permanecer adentro sin “cocinarse” es con dos aires acondicionados encendidos. El Profe los prende, cierra el salón para que se vaya enfriando y salimos a buscar desayuno. Vamos a hablar de lo que fue, pero aquí en la Ciudadela, dice, nadie conoce su pasado.

Elimelec Núñez, el tercero después de su abuelo y su padre, nació en el campamento de una finca bananera llamada Merila, en el corregimiento de Currulao, municipio de Turbo, hace 33 años.

A finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la guerrilla y los paramilitares se disputaban el control del territorio bananero. Currulao, que queda en la vía entre Turbo y Apartadó, era uno de los principales focos de violencia.

En 1991, según registró el periódico *El Tiempo*, las Farc-EP asesinaron a tres personas en el corregimiento, entre ellas un vigilante de la finca La Toyosa. “Dicen que uno de pequeño no se acuerda de las cosas, pero uno sí se acuerda. A uno le quedan secuelas de las vainas que pasan...” Elimelec tenía tres años y, aunque no puede reconstruir la escena completa, sí guarda la imagen de los tres hombres amarrados afuera de la escuela y de los guerrilleros que les dispararon a quemarropa en frente de la población.

La familia Núñez decidió dejar la finca bananera y se trasladó al barrio Policarpa, en el casco urbano de Apartadó. “Le decíamos Poliplomo”, cuenta Elimelec, “porque todos los días mataban. En ese barrio vivo yo”. Ya no es Poliplomo,

pero sigue siendo un barrio complejo. En 1996, Policarpa era un barrio de invasión habitado en su mayoría por simpatizantes de la Unión Patriótica y del Partido Comunista, escribió *El Tiempo* en una nota de registro de una masacre que ocurrió allí. Elimelec tenía ocho años, pero como era un niño macizo, alto y peleón, de piel negra como su padre, parecía de más edad.

Ahí en Policarpa, durante una incursión armada, un paramilitar conocido como Franklin se fijó en él. Le dijo que si no se iba con ellos, le mataban a alguien de la familia. Elimelec obedeció. Siguió a Franklin a pie hasta los lados del hospital. Lo montaron en el volco techado de una camioneta en la que se encontró varias caras conocidas: eran otros veinte niños y muchachos que vivían en el barrio, de los que hoy solo quedan vivos dos.

Era de noche y no podía ver el camino. Elimelec solo supo que los sacaron por San Pedro de Urabá y que, cuando menos pensó, llegaron a Cali. Ahí pasaron el día encerrados, y por la noche

volvieron a arrancar. De Cali se fueron para Tuluá, la noche siguiente viajaron a Monteloro y de ahí subieron a Las Lomas, donde estaba el campamento. Los había reclutado el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

El entrenamiento militar estaba a cargo de unos estadounidenses y empezó tan pronto como llegaron a Las Lomas. Elimelec aprendió a manejar todo tipo de armas. Allí recibió su primer fusil: una AK47 cachepalo —o con culata de madera— que no podía desamparar un segundo. También le asignaron la M-79 del escuadrón: una escopeta lanzagranadas que apodaban *True Fly* y que fue usada por primera vez en la Guerra de Vietnam.

En el campamento también recibieron instrucciones políticas, y el comandante a cargo, apodado Harold, le enseñó además a leer y escribir. Harold lo adoptó como si fuera su hijo y le dijo que si quería tener un futuro distinto, nadie podía ver su rostro. “Por eso yo siempre andaba encapuchado y armado de punta a punta”, recuerda. También debía elegir su chapa para esconder su verdadero nombre: Elimelec se nombró Félix, como el gato de más edad.

A los dos meses, Félix ya conocía al comandante Mario, a Cero Ocho, a Cero Nueve, al Indio, al comandante Javier. Y no mucho después, su escuadra pasó a manos de Salvatore Mancuso, que arrancó con ellos para los Llanos a pelear la guerra contra los Buitrago —los creadores de las Autodefensas Campesinas del Casanare que se habían distanciado del mando central de las AUC—.

Félix pasó más de cinco años apuntando su fusil aquí y allá y siguiendo las órdenes de sus superiores, por crueles que fueran. En ese tiempo lo ascendieron a escolta de Manomocha y después a comandante de escuadra: el máximo escalafón que logró en su carrera paramilitar.

Entonces, sin que lo estuviera esperando, llegó la hora de volver. “Me dijeron: usted se va para su tierra. Y yo: ¡jooombe! Yo quería venir y a la vez no”, dice Elimelec.

Desde la noche de 1996 en que Franklin se lo llevó, Elimelec no había hablado ni una sola vez con su mamá. Él le mandaba recados con terceros para hacerle saber que estaba bien mientras ella lo buscaba por cielo y tierra: “Iba a unas partes que yo decía wow, ni yo mismo...”, dice.

Elimelec la había tenido en el teléfono, al otro lado de la línea, diciendo “aló”, y no había tenido el valor de contestarle el saludo porque habría tenido que responder a las preguntas difíciles: ¿dónde había estado todo este tiempo? ¿Por qué se fue con esos hombres? ¿Por qué no intentó volver?

Regresar a Apartadó implicaba seguir haciendo su trabajo en un escenario urbano y a la vista de todos. Elimelec no quería que su familia ni la gente de Policarpa supieran en qué se había convertido, pero Félix había aprendido de Harold el arte de la discreción y gracias a eso pudo pasar desapercibido. “Cuando iban a joder a alguien del barrio yo los mandaba a sacar. En los barrios nada de nada porque después hubieran pensado que era yo”, recuerda.

Elimelec logró camuflarse tan bien que cuando tenía 15 años y ya llevaba dos trabajando como “urbano”, una amiga lo invitó a un ensayo de danza. “Me quedé afuera sentado viendo bailar. Me decían: ‘Vení a bailar’, y yo: ‘Qué voy a bailar eso, eso es pa locas’. Me daba pena”. Diógenes, el profesor del grupo, lo convenció para que saliera a la pista. Y aunque nunca en su vida había bailado, y menos al frente de otros, la cumbia le fluyó dócil por el cuerpo, como si fuera parte de su propia sangre, y por primera vez se sintió libre.

Al otro día tuvo su primera presentación. Fue en la Casa de la Cultura de Apartadó, frente a una asociación de desplazados del municipio. Aunque no sabía muy bien lo que estaba haciendo, le pareció “sabroso”: Elimelec siguió a sus nuevos compañeros por el escenario con los pasos pequeñitos y contenidos de la cumbia, quebrando la cadencia con la misma sutileza que exige caminar por el monte con la carga al hombro sin llamar la atención del enemigo. “Desde ahí comencé en el mundo artístico, pero al mismo tiempo seguía en lo que estaba. Yo entrenaba, bailaba y hacía mi trabajo, que era seguir órdenes”, dice.

En 2005, las AUC firmaron el acuerdo de Justicia y Paz con el gobierno colombiano y a Félix lo llamaron a reportarse en Tuluá. Elimelec aún era menor de edad y sabía que las autoridades no tenían ningún rastro de él. “Si me entregó me mandan para esas vainas de infancia y adolescencia y eso lo que va a hacer es dañarme la hoja de vida”, les dijo a sus superiores, y les pidió que lo dejaran ir como si los últimos nueve años de su vida no hubieran ocurrido.

Sin uniforme ni pasamontañas, el comandante de escuadra de 17 años emprendió solo un viaje a pie por las trochas de Colombia, y como si hubiera sido una especie de purga de su vida pasada, cuando llegó a Apartadó, Félix ya no existía.

## Irse de nuevo

La segunda diáspora de Elimelec empezó de la misma manera: alguien se fijó en él.

Después de volver de Tuluá, el grupo en el que bailaba se acabó y él y un amigo decidieron montar un nuevo grupo que Elimelec terminó dirigiendo. “Yo ni sé qué mamarrachos hacíamos, pero todo salía. Los montajes quedaban bonitos”, dice.

Una vez, durante una presentación, un profesor de San Juan de Urabá llamado Marino Sánchez se fijó en él. Sánchez lo invitó a bailar con él a un grupo de Necoclí, “y yo ni corto ni perezoso me fui para allá, porque necesitaba aprender más”.

Elimelec terminó siendo uno de los bailarines élite del grupo de proyección que ganó cuatro años seguidos el Festival Nacional del Mapalé. Y cuando ya estaba cansado de ser el mejor y de bailar siempre lo mismo —lo saturaron tanto de mapalé que ahora ni le gusta montarlo— unos delegados del Ballet Folklórico de Antioquia lo invitaron a hacer parte de la escuela en Medellín.

En el Folklórico estuvo tres años en los que además se estrenó como “profesor”. Cuando cumplió 21, unos profesores cubanos lo vieron bailar en el Teatro Metropolitano de Medellín y le propusieron irse para la isla.

En el Ballet Nacional de Cuba estuvo dos años aprendiendo danza afrocontemporánea y otras técnicas como el ballet, que le sacó canas y nunca llegó a ser su fuerte. Luego estuvo nueve meses en Fort Worth, Texas (EE. UU.); ocho en Venezuela, cinco en Ecuador y un año en Panamá, donde estuvo a cargo de la creación de un grupo de danza folclórica colombiana.

Pasar por tantas compañías le enseñó a ver sus errores e identificar el origen



de los movimientos que antes creía propios de los afrocolombianos. Conoció nuevos ritmos, nuevas técnicas y a cientos de bailarines que son “unos caballos”, que es como Elimelec llama a las personas que son excepcionalmente buenas en lo que hacen. Luego, volvió a Urabá a tratar de darles a otros niños y jóvenes la segunda oportunidad que a él le dio la vida.

Hoy, Elimelec Núñez es profesor de danza en la Ciudadela Puerta del Sol, director del grupo de proyección Diáspora y de otros cuatro semilleros de jóvenes bailarines de las veredas del municipio. Les enseña ritmos folclóricos, pero también bailes contemporáneos como el reggae o el exótico, un género relativamente nuevo que es la locura en el Chocó. Y con el grupo de niñas pequeñas, las clases son de ballet clásico.

Sin embargo, más que formar bailarines, lo que Elimelec quiere es evitar que otros niños vivan lo que él vivió. Sueña con una Casa Diáspora que sea una embajada de los ritmos afros y folclóricos de Urabá, así como un refugio para los jóvenes en riesgo de reclutamiento.

“Muchos de los [paramilitares] que se desmovilizaron hacen parte de esos grupos que hay ahora y que son más pesados todavía”, dice Elimelec. “Como ellos lo conocen a uno, me dicen: ‘Vea, tal muchacho tuyo está así y así, habla con él o lo ajuciamos’. Si está muy caliente, toca sacarlo. Yo mando a los pelaos pa Medellín o pa donde algún familiar lejos, y si no hay plata vendo algo mio...”

# Henry Agudelo, realidad y choque



muchas colitas de rollo sin terminar, unir las, comprar su primera cámara y su único lente, una Pentax K1000 y un 50 mm. Así, desde la precariedad de sus pocos equipos, tuvo dos descubrimientos esenciales. ¿Cuáles?

1. Usar con imaginación las posibilidades que tenía, entender que los lentes, el diafragma, la velocidad, el ISO y la profundidad de campo podían emplearse en formas distintas a las que planteaba el manual. 2. Huir de la neutralidad, escapar de esa "cualidad" del periodismo, tener una opinión clara y contundente para elegir qué fotografiar y cómo, captando imágenes que no se quedan en la superficie, sino que se convierten en señalamientos crudos y a veces irónicos sobre Colombia y su realidad, denuncias sobre las cuales Henry dice tener poca esperanza: "La verdad no llegará gracias a mis imágenes, sino a las investigaciones que haga la justicia. Yo simplemente he sido testigo de algunos hechos que fotografié para que no fueran desmentidos", una labor que parece sencilla y que ha significado correr riesgos.

Ha significado estar a la espera, padecer el temor, el hambre y la lluvia lejos de casa, para súbitamente captar el instante en que todo arde y explota: las masacres, las alegrías, las celebraciones, los carobombas ("hacia los cuales corremos sabiendo que no tiene sentido arriesgar la vida", dice), impulsado por el deseo de captar alguna imagen que le devuelva la dignidad a la gente. Eso es lo que hay en la BPP, en 14 álbumes y 135 sobres que suman 9639 fotografías de Henry Agudelo, testimonio de un tiempo difícil que estamos analizando, catalogando y digitalizando: los setenta, ochenta y noventa en Medellín, Antioquia y Colombia, épocas de narcotráfico, guerrillas, paramilitarismo, políticos, sicarios, policías, líderes sindicales o jóvenes asesinados, días de Mapiroipán, Dabeiba, desplazamientos, Bloque de búsqueda, desmovilizaciones, paz, secuestros, corrupción, grupos élite, cremaciones, AUC y más imágenes de realidad y choque que hacen parte de la vida y del archivo de Henry Agudelo, disponible en [Bibliotecapiloto.gov.co](http://Bibliotecapiloto.gov.co) > bpp digital. ©

Fondo Henry Agudelo, parte del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto, disponible en [Bibliotecapiloto.gov.co](http://Bibliotecapiloto.gov.co) > bpp digital.

**Necio** para el estudio, futbolero desde niño, rebuscador de arena en La Iguaná, bachiller en la nocturna, estudiante de diseño por correspondencia, mensajero en una agencia publicitaria, motoneto en Kawasaki, laboratorista en el cuarto oscuro del periódico *El Mundo*, aprendiz de Pentax K1000, temperamento de ogro a veces, fotógrafo premiado globalmente (World Press Photo en 2004, 2006

y 2009, Sony Award en 2017), autor con un lenguaje propio y un objetivo siempre: mostrar lo que oculta el poder, expresar lo desigual del mundo, hacerlo con imaginación y con dolorosa belleza, con imágenes a la vez poéticas y crueles. Ese es Henry Agudelo y así es su fotoperiodismo. ¿Cómo comenzó todo? Atreviéndose.

Henry fue a una entrevista de trabajo: quería ser diseñador en *El Mundo*.

## ES EL MOMENTO DE Ser...



yo



libre



**61**  
POSGRADOS  
Modalidad presencial sincrónico

**26**  
PREGRADOS

FACULTAD DE DERECHO / programas  
FACULTAD DE COMUNICACIÓN / programas  
FACULTAD DE CIENCIAS BÁSICAS / programas  
FACULTAD DE INGENIERÍAS / programas

FACULTAD DE DISEÑO / programas  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS / programas  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRATIVAS / programas



inspiración

lider





Escanea y descubre cómo comenzar a vivir tu futuro en nuestro #Campusvivo



**Universidad<sup>®</sup> de Medellín**  
Ciencia y Libertad

[www.udemedellin.edu.co](http://www.udemedellin.edu.co)



Vigilada MinEducación



**Que cuides y disfrutes de nuestro centro**



La **imagen de favorabilidad** sobre el Centro de Medellín paso del 68 % en 2019 **al 73 % en 2021**, gracias al **desarrollo de proyectos y estrategias** para avanzar en la reactivación económica y en la transformación social con el fin de que la **ciudadanía disfrute** el arte, la cultura, el patrimonio, la oferta educativa, los servicios y el comercio en **la Comuna 10 - La Candelaria**.




Ganar un gran premio cinematográfico es como un cañonazo: la bala llega lejos, pero produce tanto ruido que ninguna otra cosa se alcanza a oír. Una entrevista con la directora de cine Laura Mora, en mitad del aturdimiento.

# RODAR EN CARRETERA

por ESTEBAN DUPERLY • Fotografías de Juan Cristóbal Cobo



El pasado 24 de septiembre titulares de todo tipo —escritos, sonoros, en píxeles— anunciaron que la película *Los reyes del mundo* había ganado la Concha de Oro en San Sebastián. El premio no era cualquier cosa; San Sebastián es un festival “clase A”. Cannes, Venecia y Berlín están en ese circuito de élite. Los directores Francis Ford Coppola y Arturo Ripstein se lo han ganado dos veces. O lo que es lo mismo: han ganado la Concha de Oro, que es el premio que entrega el jurado a la mejor película y este año se lo dieron a *Los reyes del mundo*, y por consiguiente a Laura Mora, quien la dirigió, más su equipo de productoras, y también a los cinco muchachos de Medellín que la actuaron y aparecieron en las fotos de prensa junto al mar Cantábrico con cachuchas de teja plana.

Esta entrevista está confeccionada a partir de conversaciones en varios escenarios y momentos, bajo distintos estados de ánimo, cuando la onda de la película estaba alta y luego cuando empezaba a bajar. Cara a cara, en un auditorio con público, y después compartiendo comida y charla, en donde las frases suelen venir espontáneas y sueltas. También a la moderna: a través de una pantalla en otro huso horario, en mitad de una tarde brillante en una ciudad basta y lujosa, donde Laura se sentía minúscula y confrontada. Y finalmente en frases cortas y en notas de voz, porque las mejores respuestas siempre llegan después de contestar.

Esos varios encuentros están tejidos acá en una conversación única, liberada del lastre de la grabadora, de la literalidad y de la transcripción letra a letra. Decía García Márquez que las entrevistas bien podían escribirse como novelas, siempre y cuando fueran fieles al entrevistado. También que lo que más vale en ellas no son las respuestas, sino los latidos del corazón.

**La cinematografía es una de las siete artes. Pero es la más difícil. Hacer una película requiere gente, tiempo, dinero, aparatos.**

De todas las artes sí es la que representa mayores dificultades. Necesita mucha gente, y mucha gente significa



muchos problemas. Pero para mí la dificultad en el cine está en otro lugar.

Primero, el cine tiene eso tan extraño de haber caído en el lenguaje del entretenimiento, que en mi opinión es propaganda. Siempre que pensamos en propaganda se nos viene a la cabeza lo soviético, pero más propagandístico de su cultura que el cine gringo, no hay. Para nosotros eso se convierte en una imposición de modelo estético; de lo que es bello y lo que no. De lo que tenemos que desear y cómo los directores lo tenemos que narrar. Esa imposición de modelo me parece muy trágica.

Junto con eso, el cine también tomó el camino de la narrativa: una historia aristotélica que se desarrolla en unos actos. Una historia que se tiene que entender. Por eso otras formas de narrar terminaron derivando en lo que llamamos cine experimental o videoarte; cosas para el museo y no para la sala de proyección. Como yo soy desobediente, todo el tiempo estoy peleando con ese problema: ¿cómo hacer un cine que desobedeza ciertas normas de la narración? Para mí, esa es la verdadera dificultad. Es lo que realmente hace complejo al cine, más allá de que sea caro o aparatoso.

**Por ejemplo, esta película bien pudo haber estado anclada en la realidad más pura, pero resultó**

tanto al cine, me empezó a importar cada vez menos. En cambio, entré en las aguas del delirio y la imaginación, lo cual tiene que ver con lo que decía atrás: mi relación con hacer cine y el cine que me gusta ver. A partir de ahí empecé a poner muchos de mis deseos en las imágenes. Mientras escribía el guion, con Manuel Villa [amigo y documentalista] hablamos de qué daños nos gustaría hacer: a mí me encantaría quebrar todas las lámparas de una calle, por ejemplo. O rayar un carro. O soltar un ganado en un potrero [todo eso apareció luego, en efecto, convertido en secuencias]. Y yo decía: qué chimba, metámoslo. Ese juego empezó a permear el relato y me di cuenta de que más que acciones reales tenía acciones planteadas en términos simbólicos.

También sucedió que quise hacer varios homenajes. Cuando aparece el árbol entre la niebla, es mi pequeño homenaje a Theo Angelopoulos. Con el caballo pasó igual: el caballo es el animal del cine. Y este era blanco, además.

**La vía de lo simbólico es muy explícita en la secuencia del burdel, hacia el final del primer cuarto de hora de proyección. Es el burdel de carretera que todos hemos visto, pero tocado por otra realidad.**

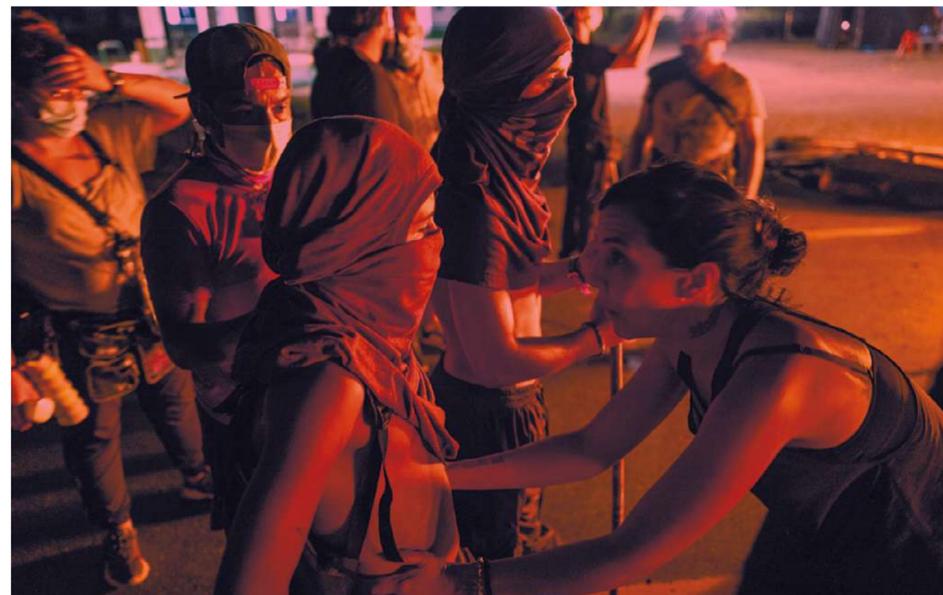
En el burdel es donde el espectador se disloca y eso me gusta. Aunque desde el mismísimo inicio la película plantea una extrañeza: el centro de la ciudad está vacío. Pero sí, es en ese burdel, que queda en la mitad de la nada, donde el espectador se pregunta por primera vez hasta qué punto es real o imaginario lo que está viendo, porque todo ahí es muy extraño. Para poderse explicar al equipo de producción yo les hablé de que ese lugar era una matría, un término en oposición a la patria. O mejor: una patria de mujeres. Y esa matría, que encaja en una gramática que yo construí para la película, era una isla. La película tiene pequeñas islas, desde la pensión de la Negra hasta la isla final. Y el burdel es una de ellas; es Colombia: una mujer amorosa, calurosa, generosa, pero aporreada y con los hijos perdidos. Allá entran los cinco protagonistas buscando una madre,

**tener una dimensión simbólica. La historia entra en el umbral de la metáfora.**

Las películas le dictan a uno qué son y en qué se convierten. Luego de *Matar a Jesús* yo quería hacer una segunda película que no fuera una extensión de la primera. *Matar a Jesús* está rodada con una cámara en mano que acompaña a un personaje, pero tiene una estructura muy clásica que solo algunas veces deja ver unos instantes de alteración de la realidad.

*Los reyes del mundo* nació en diciembre de 2016 durante un viaje en carro a la costa Caribe, en el que pasé por el Bajo Cauca. Y a mi cabeza llegaron imágenes de chicos haciendo daños y reclamando un mundo. Ahí mismo tomé unas notas en un cuaderno. La frase decía: “Chicos haciendo daños, reclamando un mundo. Chicos vengándose del mundo. Son los reyes del mundo”. Yo acababa de terminar *Matar a Jesús*, estaba mamada del cine, y de repente digo, “paren el carro, que tengo mi nueva película”.

Pero esas notas las dejé quietas. Después, cuando de verdad empecé a desarrollar la idea, sucedió algo y es que me empezó a importar muy poco la lógica del relato; preguntas como por qué los personajes estaban en determinado lugar, cómo habían llegado allá, eso que es tan importante y se lo preguntan



y ahí están también ellas extrañando a unos hijos perdidos en la guerra. El lugar, si se mira, está lleno de símbolos: una bandera ensangrentada, un escudo tejido a mano, un mural que muestra a la mujer en posición de poder, una ilustración pequeña de una virgen como con las tetas afuera.

**De ese simbolismo también participa el personaje del ermitaño.**

La película puede que sea transgresora en la forma de narrar, pero usa los arquetipos narrativos. Es algo que me quedó de *Los Olvidados*, de Luis Buñuel, que está tan llena de contradicciones como de personajes arquetípicos que funcionan muy bien.

Cuando escribí ese personaje imaginé a un hombre que había visto todo el horror del mundo y voluntariamente se había retirado. No era un expulsado sino un autoexiliado. Un hombre al que nadie le hace nada, porque todos creen que está loco. Y la locura nos salva de la violencia. Aunque no oímos su nombre, ese personaje se llama Vafú, que en la tradición del sánscrito significa viento. Cuando filmamos la despedida de él en el río, de la nada empezó a soplar un viento épico. Eso pasó realmente.

En la isla que él representa planteo con mucha decisión la idea de la ruina, que está presente en toda la película. Ese es un símbolo que viene de

conversar mucho con mi hermano, el artista Pablo Mora, quien en su obra reflexiona bastante sobre ello.

**Entre esos arquetipos también está el grupo principal: una pequeña manada, una familia de lobos. Unos niños feroces.**

Cada uno de los cinco protagonistas tenía una palabra: justicia, dignidad, misticismo, rabia y revolución. Con esas cinco palabras construimos esa familia, que también funciona como un solo personaje. A mí como directora me interesaba ver a los hombres en otro registro, con conflicto y envidias. Para el personaje Culebro, que es la rabia, intenté que fuera un personaje malo, de verdad malo, como esos de Dostoyevski, que no tienen redención. Pero siempre terminé encontrando fragilidad y humanidad. En ellos cinco encontré que no le temían al afecto físico; que aparecía muy natural en ellos y se lo manifestaban mucho. Me di cuenta de que lo teníamos que filmar.

Me interesaba, además, la manera como esos personajes tan urbanos se iban transformando en salvajes; cómo al desprenderse de la ciudad perdían la ropa y aparecía más su piel. En el pensamiento occidental lo salvaje es sangriento y malo, pero yo lo concebí más como Henry David Thoreau: todo lo que es bello es salvaje. Es interesante

porque ellos se saben mover dentro de la ciudad, pero una vez se salen entran a otro modelo de violencia que está representado por el paisaje.

**Al igual que los cinco protagonistas, su experticia también es urbana. ¿Cómo fue ese “cambio de ecosistema filmico” —la neblina, el bosque, la sabana, el río— en oposición a las calles y al agite? ¿Cómo fue filmar el paisaje?**

En la película solo siete minutos suceden en la ciudad. Yo sé filmar la ciudad y me siento muy cómoda ahí, pero para filmar afuera necesitaba otras cosas. Por fortuna conté con David Gallego, el director de fotografía, que fue fundamental. Él había hecho *Pájaros de verano* y venía de hacer *El abrazo de la serpiente*, y su mirada y la mía se potenciaron.

A lo largo de la escritura del guion lei y reflexioné mucho sobre el paisaje y creo que en el colombiano, de manera intrínseca, hay mucha violencia. Quiero decir, es un paisaje agresivo. El alto de Ventanas es una falla geográfica por donde nunca debió haber pasado una carretera. Todos los paisajes tenemos un trauma con ese lugar, pero yo desde siempre soñé con hacer algo que pasara ahí. Para mí era importante que el espectador sintiera el tedio, la dificultad y el dolor de ese viaje.

Aunque más allá de todo eso, ligado al paisaje está el centro de la película, que es el problema de la tierra. Me inquietaba cómo iban a entender afuera el lío de la restitución de tierras en Colombia, que es un tema tan local. Pero pronto me di cuenta de que la búsqueda de un lugar para existir libremente y estar a salvo es un deseo humano. En San Sebastián, a unos chicos refugiados de Marruecos los llevaron a ver la película y estaban fascinados, porque era su historia: ellos cruzaron el Mediterráneo para llegar a un lugar donde estar a salvo.

*Mientras transcurrían estas conversaciones, los reyes del pequeño mundo de las redes sociales no alcanzaban un consenso. Se oponían los unos a los otros. Discutían si la película era buena o no, si tenía valor o no, o si se merecía lo que ya se había merecido. Sin embargo, en el mundo real la película tenía un problema real: luego de cosechar treinta mil espectadores en la primera semana de exhibición, los distribuidores la bajaron de setenta salas. Después del ruido de los titulares de prensa, el de las discusiones en redes había alcanzado cierto volumen. Pero con un impase de distribución en el medio, todo eso se sentía apenas como un radio mal sintonizado.*

**La escritura audiovisual es una forma muy particular de escritura. Ahí está la semilla de lo que después se vuelve una película, pero en sí misma es una escritura simple y sintética. Árida.**

Yo tengo el título de guionista y escribo. Lo hago bien, tengo buenas ideas, tengo capacidad para escribir lo que aparece en mi cabeza. Esa primera frase que puse en un cuaderno en la carretera, la retomé en 2017, en La Habana, cuando me escribieron de una entidad francesa para que me presentara a una residencia. Me pedían un proyecto, y me puse a escribir en un parque. Me llegaron y me llegaron imágenes llenas de un deseo de hacer una película sobre unos chicos que han sido asaltados desde antes de nacer y lo reclaman. Con ese primer tratamiento del guion gané y fui a la residencia en Brasil, y allá me volvieron mierda la idea. Me asesoraba Eli-seo Altunaga, un gran pensador cubano del guion, quien me dijo [Laura habla en cubano]: “Tú lo que quieres es hacer una película posmoderna”. Eso, por supuesto, me preocupó y me puso a pensar. ¿Cómo no le iba a crear a ese señor?

La segunda vez que me revolcaron el guion fue con Marta Andreu, en la Residencia Walden, que fue lo mejor que le pasó a esta película. Marta me puso a escribir en forma de puras imágenes visuales. Ella dice que me ayudó a “abrir la grieta”.

A mí lo que me pasa es que me estanco y necesito que alguien entre a amuldar. Por eso apareció María Camila Arias, que es la escritora más metódica que conozco. Ella empezó a darle coherencia a imágenes que estaban muy sueltas y a hacerme muchas preguntas. El hilo narrativo más delgado lo hilaba ella, mientras que a mí me dejaba las partes más oníricas.

Todas esas reescrituras fueron importantes porque películas como esta se financian con fondos de creación, y para eso mientras más sólido sea el guion, mientras menos preguntas genere, funciona mejor. *Los reyes del mundo* se ganó muchos fondos, aunque para cada uno tuvimos que presentarnos dos y tres veces. Eso significó que cada vez había que llegar con un texto más crecido.

**¿Escribe de otras maneras? ¿Otras formas de narrativa?**

Cuando era peña estaba en el semillero de poesía de Tarsicio Velázquez. Todavía escribo algo. También me ha dado por escribir pequeños ensayos. En general escribo bastante.

Pero me gusta más leer poesía que escribirla y siento mucha fascinación por el mundo árabe y palestino. Eso lo cuento porque un artista palestino-argentino que conocí en una residencia artística me presentó los poemas de Mahmud Darwish, quien se me volvió la guía para esta película. En sus poemas, que son muy políticos y siempre hablan de la tierra, aparece un caballo como una figura que cuida la casa cuando alguien es despojado. Me parecía hermoso que el caballo en la película fuera un guía, pero además quería que fuera la extensión de corazón de Rá [uno de los protagonistas, la justicia] y el caballo es ese animal guía y noble que, al final, todos pueden ver.

**¿Y otras formas de narración audiovisual?**

Aunque siempre termino en la ficción, me gustaría hacer documental. También quisiera hacer otra vez instalaciones; volver a hacer lo que hice con mi hermano Pablo [la exposición *Luciferas, homenaje indirecto a Pasolini*, hecha entre ambos]. Y además producirle a alguien, que ya más o menos lo estoy haciendo. Acompañar a otra gente en sus procesos.

**En su manera de trabajar, ¿cómo es todo antes de rodar el primer cuadro?**

Para mí la preproducción es el momento platónico; el de las ideas y la imaginación. Cómo se va a ver la película, con qué colores, con qué texturas, qué movimientos voy a hacer. Ahí empiezo a buscar referentes y a hacer mi libro [habla de un cuaderno, tipo bitácora, que arma de manera espontánea]. En el rodaje, en cambio, que es el momento del oficio y del hacer, entra Marx: todo el materialismo.

Rodar es mi momento más feliz; todas las mañanas tengo que traducirle a mucha gente qué quiero y luego resolver problemas en el monitor. Lo más duro para mí es la tercera parte: el montaje. La etapa de la gran verdad, cuando uno se da cuenta de que no hizo lo que creyó que estaba haciendo.

Con Marta Andreu, que viene del documental, hablamos mucho sobre cómo iba a filmar. Me dijo: "Tienes que permitir que te pasen cosas y mirar a los lados. Los directores de ficción van con los planos tan claros que se les olvida mirar a los lados", y ahí aparecen cosas nuevas que uno no esperaba.

**Del video de las motos y los skaters para Coffee Makers en 2004, a ganar en el Festival de Cine de San Sebastián, parece un salto cuántico. Aunque no tanto, porque han pasado casi veinte años. ¿Qué se fragó adentro durante todo este tiempo?**

Yo antes tenía esa cosa que los gringos llaman *fear of missing out*: miedo a estar perdiendo de algo. Yo no quería perderme de nada y que la vida sucediera sin mí. Eso, por ejemplo, ya no lo tengo. Aunque por supuesto me siguen causando mucha curiosidad el mundo y los otros seres humanos. Creo que lo que ha pasado es que he aprendido a contemplar más. Para algunas cosas he sacado callo y me he endurecido, pero para otras soy cada vez más sensible. A mí me duele mucho el mundo. La vida me parece hermosa, pero me duele. Y el vehículo que tengo para sobreponerme a ese dolor ha sido el cine.

Pero para volver a lo del video: yo soy hija de MTV. Cuando estaba en el colegio solo quería ver videos. Hoy, después de tantos años, mi relación con la imagen es cero videoclipera. De hecho, es todo lo contrario: quiero que mi reflexión sobre el mundo sea cada vez más compleja y profunda, y que eso se vea reflejado en mis imágenes. En ellas tiene que haber un cúmulo de ideas.



Yo vengo de una escuela muy diferente a todo lo que sucede hoy, cuando la gente hace cine con móviles, hay cámaras en todo lado, existe un hiperregistro de las vidas propias, y se mezclan y se hibridan lenguajes y técnicas. En lo que yo hago, al contrario, somos muy lentos para rodar, necesitamos mucho tiempo y eso significa semanas de rodaje. Y más semanas significan más salarios. *Los reyes del mundo*, no más por ser una película de carretera atravesando un territorio tan vasto, era una idea difícil. En eso siento una contradicción: querer ir en contravía y enfrentarme a lo sistémico, pero que lo que imagino requiera de un andamiaje tan grande. Que mis ideas tiendan a ser tan complejas.

**Con una segunda película podría decirse que empezó la construcción de una obra. Cuál es la pregunta esencial que está buscando.**

Para eso no tengo una respuesta precisa. Pero sí puedo nombrar una inquietud: sostenerse en medio de la dureza. Como el mundo me parece un lugar muy duro, cada vez me gusta más todo lo que se resiste a él; lo que subvierte las formas. Lo subversivo en su

lectura más romántica: lo que se opone y se margina por elección. Cada vez me gusta más la belleza que no comparte el modelo de lo que, nos dicen, es bello. Por eso las cosas que más me interesan son las que se acercan a esa belleza subversiva que le responde a lo establecido. Y eso es duro en el cine porque ahí, otra vez, vivo en una contradicción: yo estoy acá en un hotel en Los Ángeles haciendo la tarea que hay que hacer para la campaña de los Oscar, y anoche, cuando aún estaba en México, me sentía muy rara. Me preguntaba por qué hacer esto me importaba... Y resulta que sí me importa, porque si lo hago bien la próxima película posiblemente me la pueda financiar un estudio y yo estoy mamada de aplicar a fondos de financiación. Los fondos supuestamente le dan a uno libertad, pero ahí también hay una validación: cómo y de qué manera nos quieren ver los europeos. En esto uno no es del todo libre. ☺

\*Este texto hace parte de El Poder de la Cultura.



**Urbania.**  
Café consciente.

**Calle 14 Viva Envigado Calle 8**

Calle 14 #30-100 El Poblado. Cra. 48 #328 Sur-139, Envigado, Antioquia. Calle 8 #43B-132 El Poblado.

**LA BRUJA**

¿Quieres saber qué es La Bruja Riso?

**PALINURO**  
Libros Leídos

Calle 49 B No. 75-33 / 2609160  
Palinuro @libreriapalinuro  
Medellin - Colombia

Le resolvemos todos sus problemas navideños

Libros  
Checheres  
Y la mejor repostería

Servicio a domicilio y en la tienda  
Lunes a sábado  
7:30 AM - 9:00 PM

**EXALDRIS**

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

**DOMICILIOS EN MEDELLÍN**

Restaurante **EI ÁRBOL DE LA VIDA**  
Comida Natural

Tel.: 3168789335

**Patricia Fuenmayor**

Asesora en seguros  
Tel. 3216402928 - 375 7300  
patfuenmayor@hotmail.com

**CASA DE ASTERIÓN**

CAFÉ-BAR  
COWORKING  
MÚSICAS DEL MUNDO,  
ARTE, BEBIDAS Y CAFÉS

CRA 42 #53-63 CENTRO  
IG: @BARCASADEASTERION • FB: @CASADEASTERION  
ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 10:00 A.M. Y DOMINGOS DESDE LA 1:00 P.M.

**PIZZERIA CENTRO**

Lunes a sábado de 12 m a 10 pm  
Domingo de 12 m a 9 pm  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Domicilios en el centro  
a través de Domicilios.com

**VICTOR AGUDELO E.**  
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vaguadelo@hotmail.com

**SABORES DE ARIS**  
RESTAURANTE

CARRERA 50 # 59-13 - TEL 584 22 23

Restaurante Gourmet  
Servicio a Domicilio 3148457974

Estos trabajos los he llamado beckettianas en reconocimiento a Samuel Becket. Con ellos he querido arrimarme a un desafío periodístico: "Una cosa son dos cosas y más cosas a la vez".

¿Qué hay más allá del hecho? No me pregunto quién lo produjo, qué político lo merodea, a cuántas personas afecta, sino ¿qué "yo profundo" propicia, valora o concientiza el hecho?

Una doble pregunta acompaña estos trabajos: el qué del qué.

No he pretendido "ir hasta el fondo", envolver la realidad, concluir, acorralar los hechos y los personajes con fechas y espacios definidos. La totalidad a que aspiran estos trabajos no se parece a un círculo sino a una línea recta. Pero no como se parecen una línea recta y una noticia, la menor distancia entre dos puntos; sino en el sentido de esa prolongación invisible que toda línea recta tiene más allá de cualquier intervención.

El paradigma de estos trabajos no es el de las cinco preguntas sino el tono ambiguo, intermitente, demasiado humano de los puntos suspensivos.

Sería injusto no reconocer el peso que los hechos mismos, los temas, las historias ejercieron en el modo de contarlas. De alguna manera el contenido propuso la forma.

## El Cara de Culo

He aquí la mierda. Mi mierda venida de toda la ciudad y puesta como guardián en mi puerta. No como símbolo, sino como arma, como estrategia de territorialidad. Lo he aprendido en los muladares de atrás de los altos edificios lustrados.

He aquí mi mierda circulando mi refugio como una corona de soledad. Florecen en borbotones de gusanos sin miasmas. La fetidez se extiende a mi alrededor como un escudo para defenderme. ¿De qué? ¿De quién? La noche lo sabe, yo no. Yo tengo mi mierda para crear con ella mi burbuja.

He aquí la mierda brotada como anátoma en los descansos de las ventanas, en las aberturas del techo, entre los matorrales que se erizan alrededor. Ruego para que el sol haga estallar su pestilencia, ahí es cuando más seguro me siento. Todo el poder de mi gran guardián en acción. Oh..., qué sería de mí si mi mierda no oliera...

Duermo tranquilo, seguro de que nadie vendrá para abusar de mis múltiples mutilaciones. Ni la policía, ni los rateros de mendigos y vagabundos, ni los curiosos. Duermo tranquilo, gracias al extraordinario olor que aquí se junta de todas mis mierdas de meses. Cuántas canecas espulgadas, cuántos trozos de carne, cuánta fruta vinagre, cuánto pan viejo, escogidos delicadamente de la basura y la podredumbre. A veces, una gran colilla de cigarrillo ha sido apagada en un gran trozo de pan, entonces hay que separarlos. Definitivamente el tabaco es para fumar. Unas galletas de tabaco deben saber tan horrible como un cigarrillo de trigo.

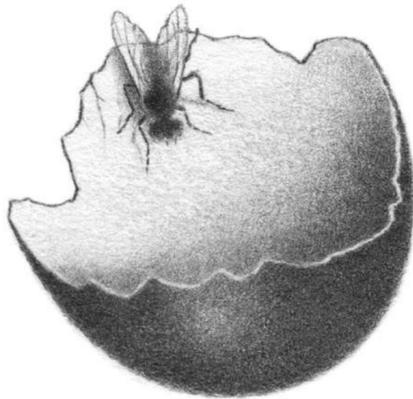
He aquí mi mierda. Juro que ha hecho retroceder hasta a los perros. Aunque a veces no soporto el zumbido de las moscas y otros insectos inclinados a la hediondez que recorren, alocados, el aire de las habitaciones vacías.

Las abejas nunca vienen a mi jardín mefítico, después de todo nunca he cagado con olor a flor blanca o roja o azul.

# Beckettianas

## El hueso de los hechos

"No hay que inventar porque el dolor es auténtico".  
Borracho a un cantante en un café de Acandí



por CARLOS SÁNCHEZ  
• Ilustración de Samuel Castaño

Hace algunas noches una ronda policial quiso acercarse, tal vez atraídos por mi fogón. Desde la oscuridad, a través de las paredes derruidas y los espacios vacíos de las ventanas, los vi allegarse sigilosos y parcos como dioses. Caminaban de sesgo protegiéndose con los matorrales, eludiendo chamizos con sus armas prestas en las manos. Sin duda suponían un conciliábulo de ladrones o viciosos. A cada paso se detenían y repasaban su estrategia, luego avanzaban, pero casi a diez metros los vi detenerse, asumir sus poses y gestos grotescos repelidos bruscamente por el aire avinagrado, apesto. Se devolvieron y desde la distancia gritaban que saliéramos con las manos en alto. Yo hice silencio, completo silencio. Solo el rojo crepitar de los leños se oía... Luego huyeron.

\*Juan Pablo Vélez fue expulsado de su refugio en el corregimiento San Cristóbal, en octubre de 1990.

## La limpieza / la mugresa

La diferencia entre usted y yo es medio paisaje. Lo que usted deja de ver y lo que oculta, contra lo que yo dejo de ver y lo que oculto. Usted está bañado, limpio y yo no. A usted le da vergüenza, a mí no. Usted va de afán, yo no.

Yo sé cómo se ríe usted, yo conozco el mecanismo profundo que mueve su alegría. Yo también lo tengo. Yo también miro un árbol o una calle y los pongo en movimiento.

A veces, dando tumbos sobre los días feroces me detengo a desatar algún nudo mal hecho. A mí también me toca hacer de animal de presa en medio del cazador. Yo también trabajo en este circo de las mentiras que llaman Medellín, a veces me toca decir la verdad, otras veces me toca olvidar y otras veces me toca no ver.

¿Es usted de esos que cuando sienten el mugre ajeno dicen fo y se alejan? Me hace recordar que un escritor habló de los que ven la pajita en la boca ajena y no ven la verga en el culo propio... Bueno, yo no quiero ofenderlo. Yo también he sido engañado por el mugre, tal vez tanto como hemos sido engañados por la limpieza.

...Si usted sabe diferenciar entre lo que no es mugre y lo que es limpieza, yo quisiera engañar con cuál se puede engañar más fácilmente.

¿Sabe una cosa? Me da gracia que todos en la limpieza terminen pareciéndose. ¿Ha visto que en el mugre también?, ¿ha visto que todas las ropas de nosotros terminan siendo negras y brillantes de mugre y de grasa?

...Hombre, yo siento que el mundo está hecho para usted y para mí con muchas cosas iguales. Pero a veces no... Cuando lo veo con tanto afán, siempre con problemas de tiempo, me da es risa, porque a mí el tiempo no me estorba para nada. Yo pienso que el tiempo ni viene, ni va contra mí. El tiempo son puras operaciones de Dios. Restas y sumas que él hace. Y a Dios lo que es de Dios, yo no me meto en eso. Mejor dicho, yo renuncié al tiempo, se lo devolví todo a Dios, pero no sé si me hizo caso.

¿Sabe qué es lo que me importa a mí? A mí lo que me importa es la diferencia en el paisaje. Usted sabe que los hombres se separan por lo que aman, ¿verdad?... Bueno, por ahí busco yo. ©

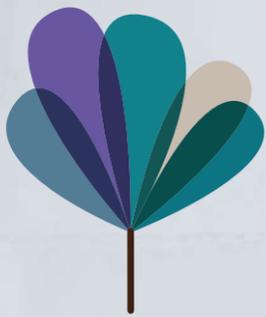
\*Estos textos hacen parte del libro Contrasueño.



**Canaguar**   
Revista de cine colombiano

Una publicación de  
**cinéfagos.net**

 [canaguaro.cinefagos.net](http://canaguaro.cinefagos.net)



HAY  
FESTIVAL  
JERICÓ

# IMAGINA EL MUNDO

DEL 20 AL 22 DE ENERO DEL 2023

Encontrémonos para disfrutar de conversaciones sobre **literatura, educación, cine, ciencia y naturaleza** en medio de los bellos paisajes del Suroeste antioqueño.

Obtén tus entradas en

La Tiquetera

[www.latiquetera.com](http://www.latiquetera.com)

comfama